

La Gaceta Literaria

iberica: americana: internacional

LETRAS ARTE CIENCIA

periódico quincenal (1 y 15 de cada mes)

dirección:

E. GIMENEZ CABALLERO

PEDRO SAINZ RODRIGUEZ

40 CENTIMOS

SUSCRIPCION
ANUAL ...
Espana y Paises
del Convento
postal Hispano
americano ... 7,50 ptes
Extranjero ... 10,00 —
ANUNCIOS DE
TARIFA ...
75 cts. la linea del cuerpo
Pórtos de suscripción
Descuentos: trimestre, 10
semestre, 15 %
anual, 20 %

Mé V Madrid, 15 de Agosto de 1931 Núm. 112

Redacción y Administración:

PRINCEPE DE VERGARA, 42 y 44

Donde debe dirigirse toda la correspondencia

Se reciben suscripciones
en las principales librerías

El Robinsón literario

de España

(o la República de las Letras)

Núm. 1



Número especial

redactado íntegramente

por Ernesto

Giménez Caballero

He regresado, tras dos meses fuera de España. Traía todavía esperanzas. Y avisé mi llegada. Ya me extrañó sólo encontrar en la frontera esperándome un letrado público, el único letrado público de la frontera española, que tenía escritas diez palabras en francés, con el 75 por 100 de faltas de ortografía. Me acerqué a un carabinero. —Carabinero—le dije cortésmente—, esto no puede ser. Los intelectuales están en el Gobierno. Hay hasta filólogos eminentes en los mandos. Ese 75 por 100 de faltas de ortografía en el letrado del oficio de cambio no puede ser, no puede ser, frente a todo el extranjero que venga a ver nuestros culturantes dueños del Estado.

El carabinero me miró el pasaporte. Vió que era de un culturante, de un intelectual, y no me arrestó. Seguí mi camino. Mi camino se detuvo en un quiosco. Todos los periódicos. Los periódicos, todo titulares. Las pocas firmas de escritores, escondidas entre anuncios, y siempre hablando de política. ¡No puede ser, no puede ser! Seguí mi camino. Una librería. —Vamos a cerrar—me dijo el librero—. Quiebran las editoriales. No hay a la venta más que traducciones y libro extranjero. Pero todavía tenía yo esperanza. Encontré una escuela en construcción. —¡Sabe—me dijeron en la escuela—, se van a hacer 27.000 escuelas! (¡Ya decía yo!) Pero ésta no la podemos terminar. El presupuesto, las Cortes, la situación económica... Seguí adelante. Un universitario: —Sabe, cuando empiecen las clases secundaremos las huelgas sindicalistas; esto es intolerable... —Pero, ¿y la reconstrucción intelectual española?—exclamé aterrorizado. —Nada, nada, intolerable.

Llegué a Madrid. Llegué a un periódico. El director, desesperado: —¡Nadie colabora nadie escribe! Llegué a otro periódico. El director: —¡Nadie escribe, nadie colabora! Llegué a LA GACETA LITERARIA: No hay todavía original para el número.

No me lo explicaba. De pronto tuve una inspiración, un instinto. Me asomé a la calle. Pero la calle no era la calle, sino un mar desierto. Mis pies eran de leño y mis brazos dos remos. Grité. Y a lo lejos oí gritos. ¡Qué alegría! Me atienden. Remé, bogué, navegué. Orlé. Los gritos de los otros iban al aire y no me veían. Las gentes estaban desnudas, y vestidas con plumas de animales, con cintas y con papel de seda. Saltaban. En la cara se habían dado ese yeso cadavérico que dieron las turbas el 14 de abril a las caras de las estatuas. Intenté reconocer aquel carnaval de trajes públicos. Y reconocí. Sí. Reconocí. Ese de la bolita de cristal era tal. Ese del papel de chocolate era cual. Ese del cinturón nacarado era tal cual.

Me puse a llorar. El nivel del mar desierto subió, desorilló la barca. Y me vi fuera de barra otra vez. Me quité los puños. La corbata. El chaleco. Me desnudé tristemente. Cada vez que arrojaba un indumento mío al mar me pinchaba el corazón. ¡Tante esfuerzo por tener chaleco, puños, corbata! Y al fin, abandonarlos a su suerte en imposibilidad de mantenerlos.

Desnudo, descivilizado, y al fin solo, me quedé al paio, contemplando mi pobre barca como si fuera mi perro, mi espejo, yo mismo.

Y así hablé a la barca, que escuchó lo que decía:

—Yo—atenta barca—sabes lo que quise en mi país: la derrota final del robinsonismo. Era una tarea de generaciones a la que yo puse mi fe. ¡Recuerdas desde el siglo pasado? Habíamos progresado ya mucho. El Pobrecito Hablador—iniciador genial—tuvo que suicidarse. Las lenguas de sus artículos se le volvieron como víboras cleopátricas y le mordieron el corazón. ¡Pobre Larra! ¡Qué periódico unipersonal y breve, maravilloso! Ganivet—el pobrecito silencioso—quiso recoger la herencia. Arrancando del monólogo del Idearium llegó al Diálogo, al intercambio epistolar con Unamuno. Pero tuvo que suicidarse, también fracasado, también aislado de agua y de olvido. Entonces Costa inventó la tribuna y el insulto. Clarín, sus Solos de Clarín. Y Unamuno el autodiálogo. Pero el "sistema celular" no variaba. Se acumulaban cristalográficamente en torno—los peores detritus atentivos. Era toda la colaboración obtenida. Una nueva promoción más vigorosa aporta entonces el arma corta y personal, detonante, certera, con que atraer y complicar los grupos: El Espectador, de Ortega; El Glosario, de D'Ors; Las Apostillas, de Ayala; Los Márgenes, de Azorín; Las Divagaciones, de Baroja; Los Pareceres, de Maeztu; Los Comentarios, de Araquistain... Hasta que—ya más decidido—Ramón humaniza de conversación ajena y activa la suya propia y crea ese órgano complejo y raro de Pombo, donde, espíritu y vida, literatura y realidad, se uncieron y compaginaron.

Y es tras ese último ensayo—atenta barca—cuando llegamos nosotros. Tú y yo. ¡Qué hermosa eras y qué orgullosa estabas! No eras una cascarita de leño, como ahora; eras un feliz buque empavesado, de sirenas alegres, con banderolas al aire azul de la mañana. Todos, todos acudieron y se alistaron. Yo no era nadie; pasaba desapercibido y gozoso de pinche en la cocina, de grumete en las gavias, de recadero en la marinería, al servicio de todos los capitanes. Todos íbamos juntos hacia el milagro. ¡Qué bello es el mar!—decían todos—. Nuestra vida es la pureza de huir la tierra, la poesía pura de evitar el contacto. ¡Nunca abordaremos y nunca encallaremos! Pero un día se oyen gritos de mujer. ¿Dónde? ¿Cuándo? Allí lejos, en la costa—¡Hombre al agua!—anunció el vigía. Fuimos perdiendo poco a poco la tripulación. Los gritos seguían. Gasté todo mi algodón de oídos y mis amarras de cuerpo. Pero nadie soportaba. Hubo que tomar nuevo pasaje, ya sin fe, para la travesía.

(La barca me oía y temblaba como un perro, como un espejo de agua.)

Hasta que al fin, solo.

(La barca temblaba. No veía en mis manos la pistola de El Pobrecito Hablador. Pero, ¿y el anegamiento, como el del Vilna?)

Con instinto femenino, me fué acercando, acercando hasta mi chaleco, que bogaba medio sumerso. Y hasta mi corbata, alga de seda, entre espuma.

Uno a uno repesqué mis indumentos, que me repuse, mojados. Enarbolé pañuelos como banderas de viejos combates. Calafateé. Silbé. Y partí. ¡El último Robinson literario de España! Racionalizados los servicios. Y a fuerza de creérmelo recobré mi bote la andadura de buque. Y yo me distribuí, multipartido, por la soledad del leño. Dando órdenes y explicando servicios, que diligente y exacto me cumplí a mí mismo.

Frente al carnaval de la costa, valía la pena de esta alegre, lunática fantasmagoría. Valía la pena de ponerse a escribir, como un poema, todo un periódico. Mientras los demás vestidos de colores, ebrios, dejaban al pueblo hundirse más despeñado que nunca.

Los anteojos



Alberti, comandante

Veó que el Fermín Galán, de Alberti, resultó algo así como una fractura de pierna.

Yo llamaría al gran Alberti—por sus altibajos—el comandante Franco de la lírica.

Arconada reza a la virgen

Veó que Arconada se ha hecho comunista y que—ante las peticiones del partido, deseo de hacer con todo prestigio una propaganda—se ha denegado, afirmando que él desea sólo ser un último fratre, el más modesto lego, el más humilde hermano.

No podía responder de otro modo el querido bendito. Tras adorar en Greta Garbo a la "Pecadora de todos los pecados"—imposible, lunar y mística—ha concentrado su intimidad religiosa en la virgen inmaculada del comunismo.

Nistal, poeta de León

Veó, he visto, a un hombre que tenía ganas de ver, de conocer: Alfredo Nistal.

Pérez Ferrero me había hablado de él hace tiempo. En los peores instantes de la dictadura creo que este hombre deambulaba sólo por León, de oficial de Correos, mal visto y vigilado, leyendo cosas y escribiendo. A la GACETA me mandó un ensayo sobre Unamuno, que tachó íntegro la censura.

Ahora es un director de Comunicaciones. Fino, silencioso, con ese silencio y esa sonrisa bondadosa de los enérgicos y voluntariosos. Me complací mucho en estrecharle la mano.

Díaz Fernández, descansa en paz

Veó a José Díaz Fernández, por fin, de diputado, descansando en paz. Se lo merecía. Fué un gran trabajador. Cumplió sus deberes hasta última hora. Amigo de sus amigos y enemigo de sus enemigos. Todo pasa... Descanse en paz José Díaz Fernández.

Espina, como siempre

Veó que a Antonio Espina le hicieron gobernador civil, y que no se dió casi por enterado. Sus pocos amigos lo explican por el terror. Sus amigos, por el asco que le dió a Espina cumplir ignominias.

Sea por lo que fuese, el gesto de no aceptar—si fué un gesto—resulta simpático, y descubre al Espina de siempre, como me decía él mismo en una carta aun reciente: lleno de histeria, de descontento y de inquietud.

(Sentiría que no hubiese aceptado por considerarse como un buen "reserva".)

Sólo con grandes o pequeños gestos de renuncia, pueden tener limpieza todas las puñaladas, a lo Luis Candelas, cara a cara, sin refugiarse en el derecho de asilo.

A quien no veo es a Nueva España

Veó... no, no veo a Nueva España. ¿Cómo eso? ¿También este pobre velocípedo de LA GACETA, van cinco años de circuito, dejó atrás a Nueva España, mordiéndole el polvo?

¿Es que la España actual no ha resultado lo suficientemente Nueva? ¿Es que toda la novedad de aquel periódico se ha terminado con el modernismo himno de Riego? ¡Cuánto lo lamento!

Admirador de Sade se había uno acostumbrado a la voluptuosidad del impropio, que en vez de daño hacía ya dulces cosquillas...

Ledesma ya no grita

Veó que Ledesma Ramos ya no grita. Ya no grita con esa capacidad verdaderamente portentosa de grito que reveló de pronto.

Me dicen que le metieron en la cárcel, que le han secuestrado el periódico, que le han puesto una esponja en la garganta.

A mí me echó un día con cajas destempladas. Como yo no era Galarza, no le pude poner esponja alguna. Yo no le había hecho nada, mas que—como a todo amigo—a tanto que me pidió algo, ayudarle en lo que pude.

Y en cambio él, por sus gritos terribles, hizo que la gente le confundiese a uno con un fascista, con un legionario, con el cardenal Segura... ¡Un negocio!

"Azorín" no es un farsante

Recuerdo que en la revista de Ledesma Ramos se le llamó a "Azorín", a voz en cuello, ¡farsante!, con gran beneplácito de casi todos los compañeros y amigos de "Azorín", con gran malignidad de la concurrencia.

Recuerdo también que yo no aplaudí ni me pareció exacto, sino injusto, el calificativo.

No. "Azorín" ha tenido en su vida siempre dos brújulas, dos instintos. Una la del periodista, la del hombre de la calle, la del que sabe torcer a tiempo el timón para nunca perder la ruta: la brújula del oportunismo.

Y su otro instinto fué el del hombre en casa, meditador, profundo y serio, que siente la historia de su país y la sigue sinceramente. Lo mismo que estuvo con el rey en París, y con Cierva en Murcia, y con Primo de Rivera en Madrid, tenía que estar con la República. Y estará con lo que mañana venga. En eso es de una sensibilidad extraordinaria.

No ha salido diputado. Lo siento sinceramente. Es absurdo que no haya salido. Un espíritu como él que siente tan bien lo parlamentario, el liberalismo histórico, lo francés y lo inglés de la política; un espíritu como él que ha creado un género literario del parlamentarismo debía estar en esas Cortes, tan llenas de rellenos, muchos de ellos vacíos.

No, no. "Azorín" no es un farsante. Es "Azorín".

Araquistain trabaja mucho

Veó que Araquistain, además de trabajar sobre las huelgas españolas, nos está haciendo la Constitución con Asúa.

Trabaja mucho. Es lógico en un subsecretario del Trabajo. Sus artículos en El Sol siguen revelando en él al agudo talento de siempre, al periodista magnífico. Le creo un sincero republicano y un leal socialista. Esa aversión que tiene por los "caudillajes" es el único y auténtico síntoma de sentir la república, en lo que este régimen significó de genuino—o sea de "fraternocracia", de Gobierno de la horda, tras el asesinato del patriarca, que diría Freud. Gobierno sin jefe. Todo lo más Gobierno de una matrona.

Los comunistas de Madrid

Veó a mucho comunista vergonzante. Ninguno quiere llamarse comunista públicamente. Sólo en el café o en la tertulia.

Así: Siles, Roces, César Falcón, Balbontín, Benlliure y Tuero, etc.

Creo que es—en algunos—una gana

de engañarse a sí mismos. Aunque en otros me parecen ganas de aprovecharse del engaño de los demás. Por contra: han desfilado—creo—algunos auténticos comunistas españoles que no se avergonzaban de llamarse así.

Entre ellos, Gabriel León Trilla, a quien me gustaría volver a encontrar. No le veo desde que fuimos a Africa, hace diez años. Fuí muy compañero suyo de Universidad. Llegamos a estimarnos mucho. Y yo no he dejado de tener nunca por él un recuerdo grato, simpático, mezclado de admiración y extrañeza irónica.

El Robinsón visita periódicos (MADRID)

Crisol

Robinson llegó una mañana a Crisol, citado por su propietario don Nicolás María de Urgoiti.

Los ordenanzas—dos ordenanzas del viejo Sol—le saludaron con esa alegría directa y pura del pueblo que tiene algo de instintiva al reconocer los verdaderos amigos, los que no hacen nunca daño en las casas.

—¡Don Ernesto! ¡Aviso en seguida! Le pasaron a un despacho pequeñito. Llegó Félix Lorenzo.

—¡Hombre, usted por aquí! ¿Qué tal ese viaje?

—Muy bien, don Félix. ¿Y usted?

—Como siempre.

Efectivamente, don Félix estaba como siempre. Con aire preocupado, malhumorado cuando quedaba en silencio. Sonriente y cordial, apenas hablaba o saludaba.

Se veía que la República no le había resuelto nada.

—Estos republicanos nuevos—decía mientras leía no sé qué noticia—. Aquí es todo para los improvisadores, como siempre...

—Don Félix—le consoló el Robinson, pues el Robinson guardaba siempre un afecto especial y sincero por don Félix—, es el caso del judaísmo. Los cristianos viejos se vieron en la mayoría de las ocasiones—después de la expulsión de 1492—suplantados por los conversos, por esas gentes judaicas cuyo nombre ha quedado perfecto: "marranos". La característica del "marrano" es—junto al sigilo—el impetu y la desvergüenza... Y arrebatar con todo...

Don Nicolás estaba en su despacho. Le recibió con la cortesía y la amabilidad grave en él características.

Creyó—al pronto—que el Robinson literario iba rondando alguna peticioncita. Pero el Robinson literario era el Robinson literario. Iba para ver, tatar y filosofar.

Charlaron largo rato. Don Nicolás llegó a corroborar los esenciales puntos de vista del Robinson.

(Mientras hablaba el Robinson fué inspeccionando a algunos leales de Crisol.)

Crisol es estrecho, mínimo. Da angustia ver a don Nicolás, creador de las grandes mansiones, reducido a este extremo. Reducido a que en la calle se hable despectivamente de su periódico, más que nada por su exigüidad física.

En cambio, lo que no da precisamente angustia es ver a muchos de los sacrificados. Se aprietan, sudan, en lo estrecho. Pero saben que por esa puertecita feliz—como en feria mágica—se sale a una Embajada, a un alto cargo, a un bonito chapuzón en el presupuesto... Todos están alegres en la estrechez. Sólo don Nicolás, don Félix y el Robinson, unidos en vieja amistad colaboradora, quedaron un momento tristes pensando en la estrechez auténtica de la vida.

El Sol

El Robinson llegó un anocheado al Sol. En la calle se hablaba ahora muy

bién de El Sol. Circulaba profusamente. Firmas como las de Unamuno y Araquistain le habrían dado vibración. Pero, sobre todo, lo que le había popularizado era la gran interviú, la sensacional declaración, el juego tipográfico y periodístico de columnas, retratos, titulares.

Manuel Aznar era un viejo amigo. Fué el que publicó el primer artículo de Robinson en El Sol, allá en 1920; un tímido artículo universitario sobre Estraburgo. Luego, siendo soldado, se le encontró en Africa, 1921...

De Manuel Aznar siempre le habían encantado dos cosas: su sentido audaz del periodismo y de la vida, y su voz clara, agradable, humana, una voz aun mejor que la de Fabián Vidal, el ardiente diputado granadino.

—Pero, hombre, ¿cuándo nos manda usted algo?—preguntaba Aznar varias veces.

—¡Estoy de Robinsón, amigo Aznar! Cuando no sean ustedes tan "bilbaínos". Yo soy un modesto y sencillo madrileño. Este periódico tiende siempre a una textura vasca, demasiado fuerte para los madrileños.

Aznar se sonrió.

—Sí, parece que hay un barroquismo bilbaíno del que Unamuno es el genial creador. Y del que son ya maestros, desde Araquistain a Juan de la Encina, desde Mourlane a Basterra, a Sánchez Mazas, a Zuazagoitia, a Eugenio Montes...

—Pero si Montes es gallego.

—Ya lo sé, pero parece bilbaíno.

El Robinsón charló con Mourlane Michelena, que tiene una charla grave, intencionada, esmaltada, implacable. Pero en el fondo cordial. Honrada. Y afectuosa.

El Heraldo

Al Robinsón le gusta mucho ir al Heraldo. Nunca le conocen los ordenanzas y siempre le hacen pasar a la plazoleta de un pasillo, donde sobre sofás desgualdranillados y llenos de carácter y polvo, aguardan gentes heterogéneas, callejeras, publicueras.

—¿A quién quiere usted ver?

En general, el Robinsón no va al Heraldo nunca a nada concreto.

—¿Está Pérez Ferrero? ¿Está Lucientes? ¿Está Ruano? ¿Está el director?

—Lucientes está en "El Sol". Avisaré al señor Ferrero.

Ferrero viene a escape. En mangas de camisa. Con sus característicos hombros encogidos ante la vida, pero no de temor sino de despreocupación. A Ferrero le quiere mucho el Robinsón. Es picajoso como un niño. Rabia por todo. Pero es un amigo leal, bueno, que a pesar de su locuacidad, nunca termina por traicionar.

Pasa al Robinsón a un despacho inolvidable. (Cuando Robinsón tenía trece años llevó un verso allí, allí, a El Liberal. Que no le publicaron, naturalmente.)

Cruza Ruano. Con su aire de Ponson du Terrail. Romántico, noble y fastidiado. También quiere el Robinsón a Ruano. Se le tiene por ahí como un periodista audaz y sin escrúpulos, y se olvida que es un espíritu fino, uno de los primeros guerrilleros de la vanguardia española.

Fuman los tres unos pitillos muy buenos de Ferrero.

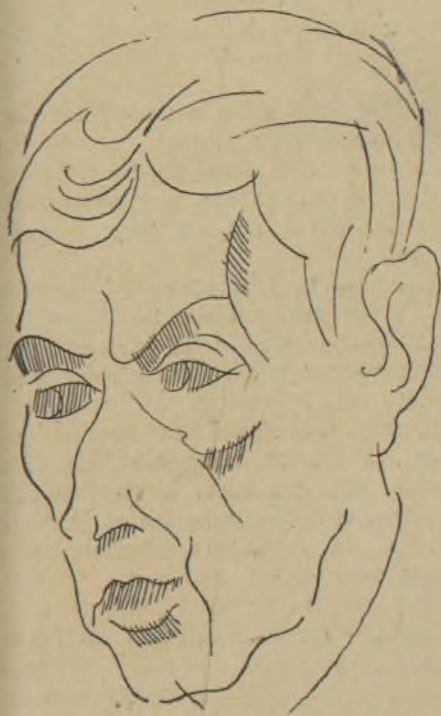
A veces se pasa a ver al director. Fontdevila es un catalán enérgico y batallador que encontró el módulo del Heraldo. O sea, ese de la fluidez populachera, del ataque, del grito, del no tener nunca posición fija y parecer que siempre la tiene.

El Robinsón quiere al Heraldo. Siempre la ha tratado bien. Le ha distinguido. Y—hasta a veces—le ha defendido por esos barrizales del demonio.

(El Robinsón continuará estas visitas de Prensa de España en números sucesivos.)

LA LITERATURA EN LA POLÍTICA

José Bergamín, Director de Acción Social Agraria e Inspector general de Seguros y Ahorros



admiración y sin envidia. El hombre que sabía compartir—en silencio fiel, la charla imparejable monológica, de un Juan Ramón—con trabajos técnicos del Monopolio de Petróleos.

Y ahora. Aquí también Juan Guerrero. ¡Magnífico! ¡Magnífico!

El director sale de un despacho al pasillo. Me llama con la mano. Y yo acudo. No sé qué decirle. Yo he saludado muchos directores y muchos ministros y jefes de Gobierno, y hasta reyes. Siempre he sabido exactamente lo que decirles. Pero es que con ellos no había jugado en la escuela al corro, al corro poético. Pero ante este director, donde comienza a esconderse, a encostrarse, a huir de sí mismo, como enemigo que huye de sí, Pepe Bergamín, no sé qué hacer ni qué decir, a pesar de saber perfectamente lo que tenía que hacer y que decir. Pero como Pepe Bergamín es más listo que yo corta esa indecibilidad cerrando la puerta detrás de mí, hundiéndome en su despacho, que resulta no ser el suyo. Yo no sé si por resultar no ser el suyo, o porque de repente—como en un ataque paranoico—le he dicho todo lo que le tenía que decir, el caso es que Pepe Bergamín se calla, retrocede, y como si fuese un político de verdad, con pluma, galón y costra, se niega a hacer declaraciones. Entonces me indigno, me indigno, y

su lirismo. Y al revés—los efectos reobran-tes de la Administración pública en su poesía.

José Bergamín está algo contrariado por esta furia mía de gota serena.

—No, no he de decir nada.

—Sí, si ha de decirlo. Piense que yo represento nada menos que toda la curiosidad intelectual de la Península ibérica, reducida desgraciadamente en estos momentos históricos a mi singular persona, pero no por eso menos intensa, vigente, objetiva.

Pepe Bergamín sabe mucho del arte de birlirloque.

Me cambia de terrenos. Me lleva al suyo.

Al de mi estocada en la cruz.

Abre una puerta. Un nuevo despacho de muebles racionalistas—níquel, lona, madera burilada.

—Este es mi despacho! No aquél. (Está sin terminar.)

(Yo no puedo por menos de salirme a los medios y exclamar esta horrible exclamación: ¡Pensad, amigos, que lo mismo que llevé en mis manos—varios años—con esta GACETA LITERARIA el negocio de esta República, ahora fructificante de puestos, así introduje en España el negocio de los muebles metálicos, ahora pingües para los demás. Decididamente—amigos—tenéis que concederme mi cerrazón absoluta para el comercio.)

Bergamín se sienta, ya más tranquilo, dominando la muleta, escondiendo el acero, entre el acero de las patas de la mesa.

El dibujante se empuja en el estribo, avanza la lente, y ¡clin, clin!, instantáneamente los primeros trasteos.

Bergamín me incita ya, y acudo no-

—Y bien, Bergamín—¿qué haría usted de no ser esto provisorio?

Reflexiona.

Yo, sin reflexionar, le digo: —¡Aquí tiene usted la labor más fantástica y hermosa de un régimen! Piense usted que de este despacho pueden salir—deberían salir—unas instituciones novísimas del proletariado que instituyen en los campos las ya superadas "Casas del Pueblo"; unas instituciones como las "Stalovaías" rusas o los "Dopolavoros" italianos!

(No hay que olvidar que Bergamín conoció Rusia en aquel viaje de magnates españoles del Cap Polonio, del que habló Lequerica en *El Pueblo Vasco* y Bergamín en LA GACETA LITERARIA.)

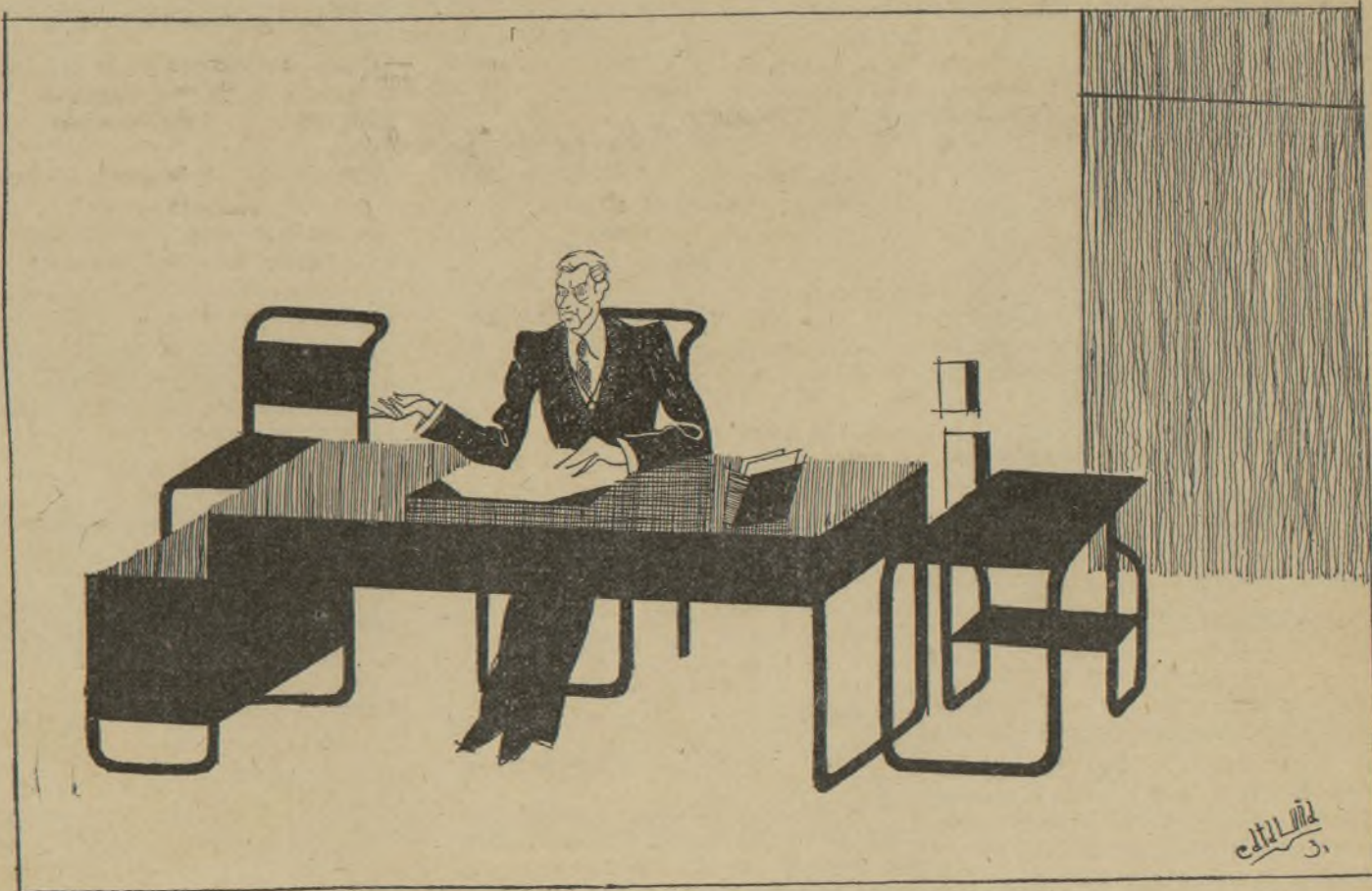
—Pero convenga—querido Bergamín—que se ha de ir cuando este régimen encuentre su fórmula social, hasta ahora inexistente. Rusia ha podido hacerlo, porque el Estado, al suprimir el capital, estructuró genialmente la vida obrera. (Camino que no lleva la España de hoy.) Y en cuanto Italia, al hallar su feliz fórmula de "lo corporativo" pudo lograr que el capital edificase el "Dopolavoro" proletario. (Cosa que España no se atrevería.)

—Pero habrá que ir a algo, y a algo nuestro.

—Además, de este despacho debería salir un impulso juvenil al esfuerzo de la cultura agraria por el cine, por la radio. En los sótanos de este Ministerio está la célula de mi Comité de Cinema educativo, por desarrollar...

—Sí, sí; hay que ir a eso. A todo. Pero estoy abrumado. ¡Cuánto quehacer! ¡Cuánta fatiga!

—¿Me quiere—Bergamín—dejar sus dos puestos?



escondo mi indignación en una lluvia correcta de lo contrario de la indignación: razones en voz serena.

—No, no—se defiende Bergamín—. Son dos cosas. Una la literatura. Otra la administración pública.

—No, no—le contesto a Bergamín—. No son dos cosas, aunque sean dos cosas. No son dos cosas en usted. No deben serlo. Porque de lo contrario, usted nos ha estafado a los compañeros o está timando al Estado. No hay eso de ser poeta hasta aquí y jefe de Administración hasta allí. Si era usted poeta debía seguir siéndolo de jefe administrativo. Y si era usted jefe administrativo es que no podía usted ser poeta. Pero como yo creo que era usted poeta y lo sigue siendo dentro de la Administración pública, me interesa saber lo que esta Administración se beneficia con su inspiración y

blemente, como acudiría Júpiter, el bicornio, como de casta bravía que soy. De esa casta que va en próximo día—tal vez—a castrar el mismo Bergamín cuando al aplicar la reforma social agraria termine con las dehesas idílicas y antisocialistas de las divinidades taurinas.

—La poesía es una sustancia vital—me afirma—que puede aplicarse, y se aplica automáticamente, a las formas en que opere con ellas su poseedor. Creo que el mal de la Administración pública en España es haber operado sin sentido poético en las realidades antipoéticas de la cosa administrada.

(Esto me satisface mucho. Y me lo ato al pañuelo para que no se me olvide.)

—Y bien, Bergamín—¿qué piensa usted hacer?

—Esto es provisorio, me es difícil con-

—Con mucho gusto se los dejaría. Pero me debo a responsabilidades contraídas en la lucha... Ya lo creo, que se los dejaba...

—Yo estaría muy contento. Con las ganas que tengo yo de darme a mí mismo y ante mí mismo importancia. Así: ¡hágase esto, hágase lo otro! Luego lo haría uno todo solo, claro. Como sucede en España, con o sin República. Que —o hace uno las cosas o las cosas no se las hace nadie. Como la digestión, como la secreción, como la literatura. ¿Me permite un viva al glorioso anarquismo español?

El director de Acción social agraria e inspector general de Seguros y Ahorros, don José Bergamín, no sólo me permite ese viva. Me permite también que me marche.

LA LITERATURA EN LA DIPLOMACIA

SOBRE NUESTROS EMBAJADORES QUE SABEN ESCRIBIR

París. Alfonso Danvila.

Desde que se fundó LA GACETA, en 1917, no había vuelto a ver a Danvila. Estuvo aquí por aquella primavera. El banquete que le dimos en La Huerta, orillas del río de Genaro, su gran personaje de las luchas fratricidas, fué uno de los primeros—¿el segundo?—con que este periódico comenzó a nutrir nuestra desnutrida vida intelectual de entonces. Conservaba yo de Danvila un recuerdo muy simpático, muy amable, muy llano. Todo cuanto escribí en *El Sol* y en LA GACETA sobre sus libros, lo hice siempre encantado.

Le elevaron a embajador—más tarde—de Argentina, y, de vez en cuando, el camarada Guillermo de Torre me daba alguna noticia sobre él. Apenas le comuniqué ahora que estaba yo en París se apresuró a sentarme a su mesa.

Le encontré más reservado, más preocupado. Algo más grueso y grave. Pero siempre muy al alcance de una conversación directa.

Acababa de tener a su mesa a gente



El novelista argentino Larreta, diplomático gran amigo de Danvila.

literaria y artista (Morand, Adelia de Azevedo, Falla y otros). Larreta le veía casi todos los días. La de Noailles—una de ellas—le acababa de mandar todos sus libros, con dedicatorias que leímos juntos, para descifrarlos.

Hablamos—más que de literatura—claro es, de política.

—¿Y usted cómo no es diputado?—me preguntó con cierta extrañeza afectuosa que le agradecí en el acto.

—¿Diputado? No sabría ser diputado. Mucho menos ahora. Ahora, como en 1917 (literatura), es el momento de “las palabras en libertad”, del “unanimismo” y de otros ismos. Todos demolidores, incongruentes, disparatados... pero... utilísimos.

Cuando suene el clarín de las reconstrucciones, del crear diciendo, si entonces, querido Danvila, me tendrá usted en la brecha. Pero ¿se llamarán entonces diputados los diputados?

Danvila se sonrió. Le llevé al cine. Y vió una película feroz y escalofriante. No quiero decir cuál. Nos despedimos sin comentarla. ¿Cuándo, querido Danvila, la comentaremos otra vez juntos?

Un chiste solemne de Alvarez del Vayo

He leído que llegando a Méjico, y al pasar por no sé dónde nuestro embajador, una mujer gritó desahogada: ¡Viva el rey!

Molesto escalofrió corrió por la oficial comitiva. Que pondría, sin duda, esa cara de idiota que ponen todas las comitivas cuando surge lo inesperado, lo fuera de programa, ante ellas.

Parece ser que Alvarez del Vayo no se inmutó. (¿Por qué iba a inmutarse?) Se detuvo. Y dirigiéndose a la gritante le dió su conformidad: Sí, señora. Viva el rey. Pero en Fontainebleau.

La ocurrencia es una de esas miles de ocurrencias finas y certeras, que Madrid derrocha diariamente como derrochan los yanquis su dinero en los cabarets.

Desde ese punto de vista, a Vayo no le costaría—ni le costará—el menor esfuerzo salir al paso de cualquier obstáculo verbal. Es la virtud, la fuerza especial del que ha vivido en Madrid.

Ahora, lo estupendo de la cosa es la solemnidad que la oficial comitiva y los medios oficiales dieron a la feliz ocurrencia. Como si no estuvieran acostumbrados a que se les ocurrieran cosas felices a los embajadores.

Y es que—en rigor—todo el secreto de la diplomacia está en la frase. En la oportunidad. ¿Qué se conserva de Talleyrand? Pues eso: unas cuantas frases. Unos cuantos chistes.

La futura diplomacia española deberá formarse siguiendo el alto ejemplo del gran Vayo. No importando al tribunal de examen si el candidato lleva bien la corbata, sino considerando los años de café y de tertulia, de ocurrencias, de ingenio, de *improntos*, que posea en su hoja personal y privada.

La preocupación de Ayala

Antes de marcharse a Londres, me encontré a Ayala que salía de la Subsecretaría de Estado.

Le felicité.

No me felicite mucho—me dijo sonriendo, con esa su sonrisa de líneas aplastadas que le dan aspecto de boxeador y de niño.

No me felicite mucho. Me preocupa el después. El terror a que todo me parezca un sueño luego.

Este sentido filosófico y prudente de su aventura me fué simpático. Entonces fué cuando le estreché nuevamente la mano felicitándole de veras.

El profesor Castro

También encontré en la Subsecretaría de Estado a mi querido amigo y maestro Américo Castro. Hacía un año que no le veía. Tuve carta suya desde París—por febrero—pidiéndome LA GACETA LITERARIA.

Estaba joven, animado, locuaz, como siempre. Pero ya con esa reserva especial del que va a cargar con un uniforme y una responsabilidad.

Seguía con su gesto especial del profesor—inolvidable para nosotros en las largas horas de explicación lexicológica—, de sacar (bolsillos superiores del chaleco), la cadenita de oro del reloj (desenganchando el reloj) y comenzar a voltearla en torno al dedo índice de la mano derecha.

Me preguntó qué cosa hacía yo, con ese tono entre interesante y desconfiado que suele poner Castro en las preguntas a sus menores. Yo le enseñé mi libro *Trabalenguas sobre España*. Trescientas páginas. Prosa apretada. Cinco lenguas. Grabados. Un capítulo dedicado a él.

En aquel momento un americano, de no sé qué república terció. Me alejé. Recuerdo, solo, que Castro le decía: Por fin el pueblo y el ejército están con nosotros.

A los pocos días, un telefonazo urgente de Castro me llamaba al aparato.

Estaba furioso, creo que contra mí, porque un periódico alemán le había llamado *fascista*, a consecuencia de haber sido incluido su nombre en el periódico de Ledesma Ramos, *La Conquista del Estado*. Creía Castro, como tanta gente, que el periódico era mío, y que yo había intervenido en su formación.

Me costó trabajo demostrarle que yo no tenía la menor culpa de su inclusión, que yo no tuve otra relación con ese periódico que la de atreverme a mandar unos artículos ante la cobardía de los



El profesor Castro, Embajador de Berlín.

amigos. Y, sobre todo, que yo no era *fascista*. ¡Ni en sueños! Que si acaso, los *fascistas* españoles eran los que estaban en el Poder. Y por tanto él. Como se lo había pronosticado—textualmente—con su nombre, en 1929, en el prólogo a mi traducción de *Malaparte*. Se lo corroboré en una carta. Me interesaba mucho seguir manteniendo la cordial bondad que siempre tuvo Castro para conmigo. Pero me interesaba demostrarle que en el mundo no había ya hoy más que dos luchas: burguesa y proletaria. Fascista y comunista.

Cuando la burguesía, apurada por métodos violentos se ve en peligro, cambia la chaqueta y se hace demócrata. Pero tanto los objetivos de la burguesía italiana como los de la actual española, eran los mismos: aniquilación del comunismo, salvación de lo burgués como clase y privilegio. Tan *fascista* era para mí el jerarca romano que fusilaba cara a cara a un comunista como el jerarca radicalesocialista de España que lo fusilaba a traición y por la guardia civil. Por lo menos el primero tiene la atenuante de

la franqueza y de la sinceridad: del *tilo*, como diría Ortega, y como repite todos los días Arnaldo Mussolini: *il stile!* Fuera de eso, que supongo arreglado, tengo noticias muy buenas de Castro.

Tengo un telegrama suyo de felicitación por mis gestiones balcánicas.

Con su barba debe parecer más italiano que español. Pero sus éxitos femeninos no distinguirán de nacionalidad precisas. Un embajador con barba negra, arrogante, hablando bien el alemán, con una vasta cultura, amable, bueno, es algo que dejará en Berlín buena la República española, por menos ante las románticas walquirias cuyo corazón suspirará siempre—toda la historia—por el *Nach den Süd!*

¿Qué tal, Baeza?

¿Qué tal le va a Baeza? Hasta que hice con él todo el número de *Miró* para LA GACETA, momentos antes de marcharse a Chile con su mujer y los chicos, me di cuenta de que Baeza es muy simpático, y de que puede ser embajador u otra cosa, perfectamente, muy bien.

Ha tenido el acierto de que apenas llegar le derriben al tirano Ibáñez. No digo que haya sido Baeza el autor directo de ese derribo. Pero hace mucho llegar a un sitio y decir a los estudiantes: Eh, muchachos, eso es muy fácil. En Madrid fué cosa de poca monta.

Ha sido un éxito para Baeza pisar Chile y que se le muera el tirano. Está encantado, charlando con María, su mujer, la grande y simpática conversadora. Quizá prepare algunos folletones sobre literatura chilena, de la que nadie sabe aquí nada, aun cuando diga lo contrario. Sólo por eso del tirano Ibáñez debía haber creado Lerroux un premio “El mejor embajador del mes”, y habérselo dado, este último, a Ricardo Baeza.

¿Cómo no hicieron a Salaverría embajador por América?

Hablando de los Baezas, me recuerdo el Lyceum Club, me recuerdo el matrimonio Salaverría.

Me ha dado pena ver que no se acordaron de Salaverría para un puesto en Suramérica. Un hombre como él, que ha cruzado el charco tantas veces, con el estómago en la mano, a riesgo de morir. ¡Uno de los primeros que tendieron lazos!

Alguien me dirá: ¡Es que Salaverría no era republicano!

Pero ¿quién era republicano sin ser embajador?

No. Lo que le ha fastidiado a Salaverría no es el declararse o no republicano cinco minutos antes de la cosa. Sino el enseñar la oreja demasiado crudamente en favor de la burguesía española. Esto no lo perdona nunca una burguesía naciente y vergonzante como la nuestra. A la nuestra había que decirle: ¡Abajo la cochina burguesía! Y luego ametrallar a los obreros.

¡Falta de oído, Salaverría, falta de oído!

Pero, ¿y Grandmontagne?

Todavía lo de Salaverría se explica por asomar su oreja de buena fe burguesa, prescindiendo de regímenes.

Pero lo que no se explica es el caso Grandmontagne. Ese no es republicano de los cinco minutos, no es el huevo pasado por agua. Es el viejo prócer republicano de España. El gran embajador posible de Buenos Aires.

Hace unos días, al pasar por San Sebastián, le manifesté mi asombro. ¡No, protestó—no! Yo no quiero ninguna de esas garrambainas! ¡Tengo que escribir para "La Prensa" que es más interesante!

Y, sin embargo, se imagina uno a don Francisco dando voces y pegando puñetazos en Buenos Aires, sobre el pizco de Buenos Aires, este hombre que hubo que salir del fondo de Buenos Aires un día.

Dando puñetazos y gritos, y luego convidando a comer a todo el mundo, patriarcal, generoso, bueno como un bendito.

Pío Baroja, embajador en Roma

Fueron unas líneas breves, de un solo periódico, a las que nadie hizo caso, cuando todo el ministerio de Estado andaba pensando y fracasando en eso de las Embajadas intelectuales. Esas líneas proponían a Pío Baroja para el Quirinal.

Recuerdo que se lo dije a no sé quién en el ministerio y se echó a reír.

Yo, en cambio, me había quedado muy serio.

—¡Qué gente más absurda! ¡Qué desconocimiento de las cosas y de los hombres! ¿Por qué no Pío Baroja embajador en Roma?

Es no conocer a Roma ni a Pío Baroja. Es creer que en Roma, en la Roma de hoy, un hombre que fuera con las manos en los bolsillos de los pantalones a sentarse en un salón donde hubiera damas, jercas y diplomáticos iba a ser menospreciado y sonreído. Lo sería si este hombre no hiciera más que tener las manos en los bolsillos. Pero se le admiraría enormemente si empezase a charlar, a divagar, con ese tono preciso, humano, de salón, tan ameno y hondo, como es el tono y estilo de Pío Baroja.

Es mucho más difícil que la Roma de hoy entienda a un Gabriel Alomar, espíritu de tipo d'annunziano, o como dicen allí, *pasatista*. A D'Annunzio le soportan porque vive aislado y en pleno espectáculo de feria siempre. Mussolini creo que le tiene subvencionado, como una atracción de turismo. Pero no se tolera ya a los d'annunzianos. Además Baroja ama a Italia. Tiene sangre italiana en las venas. Ha hecho novelas con la obsesión de Italia. En César o nada hay una comprensión de Roma, que vaticina el ensueño del Duce. Yo creo que el Duce y Baroja hubiesen hablado mano a mano largas horas.

Pero no, Baroja. No será usted nunca nada. Desde Vera, y a la vera de las cosas, y a ver el carnaval... Siempre. Indudablemente es su destino.

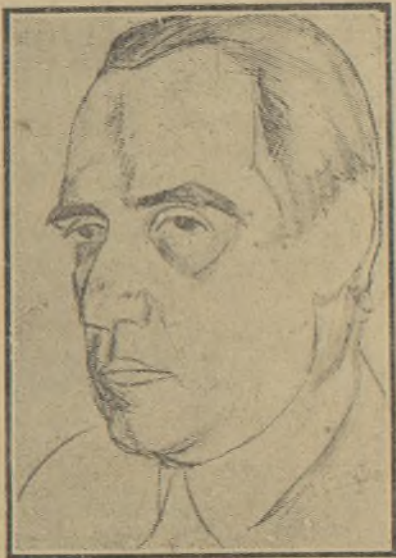
Madariaga en U. S. A.

Frio. Inteligente. El anglosajón de nuestra literatura. El ginebrino. El puñetazo. El hombre de las confrontaciones internacionales. El que ya no tiene inconveniente en amar a lo inglés. Olvidada la *Invencible*, Gibraltar y el 98, Madariaga es el ideal embajador en U. S. A. Sólo que debe irse pronto allá. No sea que el diablo no ginebrino ni puñetazo enrede las cosas.

Corregir injusticias

Suponiendo que se siga en la República el procedimiento de hacer un cuerpo diplomático de intelectuales—cosa que me parece absurda—, debían corregirse algunas injusticias. Por ejemplo: la de Ramón Gómez de la Serna, que den-

tro de nosotros, de las letras hispanas, ha venido siendo el diplomático neto. Toda su labor de Pombo es superior a la de la cancillería más enrevesada. Ha sido el hombre del tacto, de las reservas, de las atinadas agresiones, de los mensajes cifrados, de la frase certera, del ingenio oportuno, de la alegría. Y, sobre todo, el único escritor español que ha tenido sentido de lo fundamental para la diplomacia: la mesa. El sentido del convivio, del banquete, del manjar.



Eugenio d'Ors, gran Embajador cerca del Vaticano.

Un diplomático vegetariano, o dispéptico, o abstemio, es una calamidad. ¡Qué gran embajada la de Ramón en cualquier parte del mundo!

En ese sentido—del comer y del humor, aunque con menos fuerza aglutinante para lo social—, me parece útil apuntar la figura de Julio Camba.

Y desde luego, la magnífica y nunca bien estimada de Eugenio d'Ors. He ahí nuestro embajador cerca del Vaticano: Eugenio d'Ors, el hombre de la figura episcopal, del susurro entre dientes, de las cejas irónicas, de los ademanes envolventes y suaves.

El ministro y el subsecretario

Cuando al día siguiente de la República vi en los periódicos como subsecretario de Estado a Francisco Agramonte, me quedé entre estupefacto y conmovido.

Cogí el teléfono. Le llamé a su casa. Y le pregunté: —Pero ¿es usted? —Sí, yo soy. Ante todo, España.

Me alegré infinito de la cosa. Conocí yo a Agramonte por los asuntos de Relaciones Culturales, por los sefardíes. Me dió una impresión no ya de diplomático—lleno de tacto—, sino de intelectual. Conocía a casi todos mis maestros y compañeros, y con muchos se tuteaba.

No tardamos en amistar largamente, y para mí era un gran rato irme a charlar con él. Cuando ensayé la formación del

Cine Educativo, conté con él. Era un entusiasta de literatura y cine. De vez en cuando le veía sonreírse en la sala pública del Ateneo, avizorando.

—¿De modo que usted, Agramonte, era nuestro Talleyrand?

—No tanto, no tanto—me contestó sonriendo con los rasgos finamente blandos de su rostro. Mientras me pasaba a filmar al ministro.

Porque en los primeros días de la República—el editor de mi film *Esencia de Verbena*—me había rogado: Giménez Caballero, ayúdeme a hacer el primer Noticiario de la República, sobre todo a los personajes, usted los conocerá.

El Noticiario se hizo, y creo que le ha dado a su editor un éxito económico grande, hasta el punto de escapársele el operador a formar rancho aparte, creyendo la cosa un negocio. Me fui acercando con tal operador a algunos personajes. Entre ellos a Lerroux.

Me parecía un poco deprimente el ir con el operador de ministerio en ministerio. La gente creería que iba por nefandos y bajos motivos. Así, *La Libertad* se metió conmigo feamente. Iba—no sólo por prestar un favor al hombre que me había hecho un film sin garantías—si no por el placer, personal y maligno, de probar estrellas. ¡Qué delicioso ver moverse a las gentes que de pronto son o se creen importantes, ante una cosa tan burlona y mágica como el cine!

Era la primera vez que veía y hablaba a Lerroux. Me dió una impresión de altura, de personalidad, de por encima de vanidades. Me gustó la prominencia casi audaz de su frente calva. Me gustó su aire reposado, serenísimo.

Ahora cuando he vuelto de mi viaje, tras dos meses, me encuentro que le han exaltado mucho nuestras clases conservadoras, como si vieran en él lo último a que agarrarse, antes de naufragar. Le ofrecen presidencias, que él acepta. Le ofrecen comidas, verbenas... Se ve—en él—al próximo mandante. Todo ello me ha parecido muy bien. Sin embargo, lo que yo no veo en Lerroux es un sentido juvenil, original, anticonservador de conservar a España. Se ve que se mueve a gusto en el Círculo de Bellas Artes, en la Asociación de la Prensa, en las corridas de toros, en las verbenas de barrio... Se dirá: son las realidades conservadoras de España. Y, sin embargo, todos estamos convencidos de que el acercarse a eso convierte en mojama. Me gustaría de Lerroux ver empinarse, además de su frente, su corazón y su jovialidad.

El absurdo de los intelectuales en la diplomacia

No es que me parezca absurdo que los diplomáticos sean intelectuales. Lo que me parece inmoral es que a los intelectuales se les haga diplomáticos.

Este error de la República española se está ya pagando caro.

El ialertal de Marañón



En este Robinsón de España tenía que recogerse ese S. O. S., ese grito de angustia y peligro que el gran Marañón ha lanzado desde Santander. El, que todo lo ha puesto en esta situación del día, él que todo lo ha soñado para la República presente, habla ya de renuncias a la política, a la vida política, como el héroe que mata a su amante para dar ejemplo a la tripulación. ¡Hay que estudiar, hay que investigar! Así vamos al analfabetismo otra vez y la barbarie.

Magnífico grito. Desde mi pobre barca de leño le ondeo y le ondeo, como un pararrayos mágico contra el cielo tormentoso de España.

El Robinsón Literario de España

APARECERA MENSUALMENTE

(Si las circunstancias y la salud del autor no lo impiden)

En un país como España yo hubiera comprendido el gesto liberador de la República con sus intelectuales.

—¿Usted qué es, profesor? ¿Qué le faltaba a usted bajo la monarquía? ¿Tranquilidad económica? ¿Biblioteca? ¿Dignidad social? ¿Laboratorios? ¿Auxiliares? ¡Pues tengo todo eso! Y a investigar. ¡La consolidación y salvación del régimen va a estar precisamente en la eficacia de la cultura española!

—Y usted qué es, ¿novelista, poeta, ensayista, periodista? ¿Necesita automóvil, hotel, mecanógrafas, baños de mar, viajes al extranjero, soledad de concentración? ¡Sí! Pues tenga todo cuanto necesite. La República se salvará por la grandeza de su literatura, de su propaganda.

Ahora bien, la República en vez de apartarse de imitar una vez más a Primo de Rivera (con el caso Maeztu); en lugar de ofrecerles seminarios, libros, cuartillas a los intelectuales, les quita todo eso, sus instrumentos, sus plumas. Y las plumas, en cambio, se las pone en la cabeza, con una espadita en la cadera, y diciéndoles: ¡Señores, ahora a protocolar!

Así, claro es, nos hemos quedado—se ha quedado la República—sin intelectuales y sin diplomáticos.

Chismes que dicen y cuentan

Se cuenta que uno de los tantos y presuntos embajadores que circularon en los primeros días de la República, mucho antes de que le confirmasen el cargo y mucho antes de interesarse por los asuntos pendientes del país a que debería acudir, entró en una dependencia del ministerio, y casi sin saludar a nadie, espetó su única pregunta: —¿Cuánto dan? ¿Cuánto dan?

En esos mismos días la afluencia de visitas y recomendaciones cerca de la superioridad eran tremendas. Todo señor que había escrito algo o que sabía leer se creía en la obligación de pedir un cargo. Entre tales, llegó al ministerio un periodista de provincias.

Dió su nombre. (Desconocido.) Y su periódico. (También desconocido.)

—¿Y usted qué desea?—le preguntaron.

—¿Yo? La Embajada del Vaticano.

—Pero, hombre, ¿y cómo eso?

—Sí, señores. (Bajemos la voz)... En mi pueblo, fui yo, yo, el que asalté la casa del cura, aunque no hubo víctimas, gracias a Dios...

¡Hay que ayudar a esto! (Esto era la República.)

Estas palabras se oían en los pasillos profesionales del ministerio de Estado. En esos primeros días republicanos de abril. La superioridad debió oír la generosa afirmación, y teniendo apreturas por cubrir vacantes, fué llamando a algunos de los más exaltados ayudadores.

—Sí, sí... Pero mi familia... Muchas gracias... Honor innecesario... Creo que desde aquí sería mejor...

Hubo que echar mano decididamente de los intelectuales. (De cualquiera.) Aun cuando no ayudasen a esto.

Miradas conmovidas a ilustres solitarios

Unamuno en Salamanca

Todos los que en España han sido o han creído ser comunistas, han sentido mucha fe por Unamuno. (Gabriel Tri-



lla, entre otros. No sé si la habrá perdido.)

A Roces le conocí yo en la estación acompañando a Unamuno.

Siles tiene un retrato sobre su editorial.

Yo no creo que Unamuno tenga nada que ver con el comunismo. A mí Unamuno cada vez me parece más el germen genial de esa fórmula "anarcosindicalista española", que indicaba yo al hablar de la F. A. I. y de la C. N. T. en mi comentario a Cataluña.

Unamuno es un yo imposible, irreducible, ni con República ni con Monarquía. Le gusta más la República, porque su yo emerge aún con más *arquía* en la *poliarquía* republicana. Emerge como un *mon-arca*. (Por eso abandona a los republicanos y se va a su Real Sitio, Real gana: Salamanca.) Pero junto a ese su anarquismo nato, de vasco, de ibero, tiene siempre una nostalgia extraña y honda por lo inquisitorial. (Por lo que hoy se llamaría *sindical*.) Y esas sus dos querencias, la anárquica y la inquisitorial, las lleva insertas en un fluído magnífico de *españolidad*, de tradición intrahistórica.

Por eso me entusiasmo siempre y me parece cada vez mejor Unamuno.

Siempre insatisfecho. Siempre en el yermo. Sin terminar de parir, de germinar en prole y masa, su gravidez genial de nuestro pueblo.

Unamuno: siempre—en el fondo—incomprendido. Admirado como un *tabú*: con temor de fulmine, llamándole en familiar siempre "don Miguel". Para alejar el castigo. Ya que representa en la tribu el más alto símbolo comprensivo de paternidad inexorable.

Baroja en Vera

Por iguales razones que a Unamuno, reverencia y quiero a Pío Baroja. En cierto sentido más que a Unamuno. Es más humano. Más débil. Se deja mejor acariciar.

A Unamuno todavía le han hecho diputado y presidente de la Instrucción pública.

A Baroja no le han hecho nada. ¡El, maestro lúcido de la liberación española, el gran épico de la auténtica revolución española que se detuvo en Jaca!

Solo, allá en Vera, sin alterar su vida

de espectador emocionado del mundo, libre ya de toda vanidad, trabajando.

Baroja es el otro caso grande—aparte el unanimesco—de *anarcosindicalismo español*. De política genial de España, a la que hará falta encontrar un día nombre adecuado, porque con esto del *anarcosindicalismo* a secas—como rótulo—, no se va a ninguna parte.

Baroja es el insobornable individuo, el randa nato. Y al mismo tiempo, el hombre que se pasa su vida añorando al gran aventurero de puño férreo, al gran general, al César grande o al César cabecilla, guerrillero.

Baroja es el hombre que unge estos dos sentimientos básicos de nuestro carácter—anarquía y disciplina—con una comprensión única y perfecta de lo hispánico (tierra, paisajes, hombres, cielos).

Por el camino Unamuno-Baroja está España. La verdadera Iberia.

Sin que venga León Blum a embrollar más lo que está tan claro.

Menéndez Pidal en San Rafael

He aquí un hombre y un nombre: Menéndez Pidal, que uno hubiera creído encontrar en las bocas de todos para la superior jefatura de la República, en esta República de intelectuales. Sin embargo, veo que nadie lo nombra.

Cosa que le parecerá una bendición al gran don Ramón. Porque ello significa para él soledad y paz: esto es, trabajo.

Allá, en San Rafael, al pie de la sierra, sigue al pie de la máquina.

Aquí, en Madrid, donde viene dos veces semanales, sigue al pie de su Centro y en su Centro: el de Estudios Históricos.

Junto a la preocupación inminente de la política, que él sigue palpitante y avizor como lo demuestra el magnífico parlamento que *El Sol* le recogiera en cercano día—este gran héroe, aún saca fuerzas para preparar la *Historia de Es-*



paña, la *Historia de la Literatura española*, un *Corpus de nuestra Epica* y el gran monumento de la *Historia de nuestra Lengua*.

Es decir: este caudillo solitario—a quien las huestes secuaces la huyeron al tumulto, casi todas (¡aún en brega ese gran Navarro Tomás!)—mano a mano, solo a solas, todos los días, hace la única salvación posible de España, la única estructuración de una patria: no la teórica, sino la del trabajo iluminado y santo de cada minuto sobre un vasto perfil de tarea.

Juan Ramón, al teléfono

Me gusta mucho hablar con Juan Ramón Jiménez. Pero mucho más si esta conversación es telefónica.

Corre la fama—fama vulgar—de que Juan Ramón es un hombre triste, amargo y arbitrario.

Juan Ramón tiene el derecho de todo gran poeta a ser arbitrario, amargo y triste. Pero también tiene otros muchos. Entre ellos, el de ser, ante todo, un *hombre*. Y un hombre cordial, alegre, burlesco, encantador, que hace reír a carcajadas, con esa risa única y grande que sólo provoca la gracia sedimentada de los grandes solitarios.

En su casa es una delicia recluirse con él. Tiene todas las posibilidades del acogimiento. Silencio. Exquisito ambiente receptor. Y una mujer vibrante y fina al lado, que deja enseguida adivinar en su acento viril la abnegación femenina del gran mito cristiano: el de María por Cristo crucificado y exangüe. El de la verdadera Pietá del gran poeta.

Se sale de su casa queriéndoles, sin saber por qué.

Pero mi mayor placer es hablar a Juan Ramón por teléfono. Así como con Azorín me da miedo telefonarle, pues su voz—de suyo sepulcral, lejana y entrecortada, se hace cadavérica y de otro mundo—; así con Juan Ramón, gozo en sentir sus inflexiones de andaluz, a través de una máquina negra y blanca, sin distancia y sin tiempo, en abstracto.

Juan Ramón no posee ningún cargo político en esta situación. Se ha quedado como estaba. Apesar de sus méritos contra los curas, contra los militares y contra los caseros.

En cambio, prepara tres grandes tareas de publicación. De ellas, *El león español*, que creo refiérese a Giner de los Ríos. Otra gran compilación, no de hombre español, sino *universal*, dedicada a Achúcarro. Y una colección de retratos de *Héroes españoles*. Entre los cuales dudo que esté Fermín Galán, después de lo de Alberti.

José Castillejo en su irónica piscina

Hay otro gran solitario, otro gran trabajador, otro gran hombre español, a quien no han hecho caso alguno tampoco. ¡Qué inexplicable! José Castillejo. Yo no sabía qué era Castillejo por dentro.

Como por fuera, es muy anglosajón y se viste con trajes racionales, y se baña en su piscina, y monta en bicicleta, y apenas bebe agua, y se va a Londres y a Ginebra, y no se ha afeitado el bigote—pues resulta que mucha gente, y yo entre ella, no había observado honda mente lo que significa este hombre en España. Yo he comenzado a verlo desde que andando por Europa, me preguntaban muchos espíritus preclaros por José Castillejo. Sí. Castillejo ha sido el monje paciente y oscuro, el San Pablo de Giner, que día tras día ha hecho una España escolar y universitaria decente, posible, y como diría su piscina: *potable*. Es el hombre que ha logrado la máxima europeización de España. Por tanto, el gran provocador de esto que llaman ahora República, y que en el sueño de Castillejo y en el de tantos otros españoles, quisiera ser "el renacer de España".

Sin embargo—ahí lo tienen ustedes—trabajando con el otro gran trabajador purísimo de la Junta, el gran Santullano, ahí le tienen sonriente, trabajador, oscuro, imperturbable y anónimo. En su irónica piscina.

Sin matar a un guardia civil ni a un cura.

Porque como decía aquél, refiriéndose al surtido de cargos republicanos en España:

—¿Usted qué ha hecho?

—¿Yo?... Pues mire, maté un guardia civil.

—No es mucho. ¡Qué le den un puesto en el Turismo!

—¿Y usted?

—Pues yo... Yo maté dos y un cura.

—Bien. ¡A Instrucción Pública, algún hueco!

—¿Y usted?

—Hombre, yo... Como matar, matar... Pero gracias a mí se quemaron tantos conventos, hubo tantas víctimas en la Guardia civil, se corrieron a tantas monjas, y bajó tanto la peseta...

—¡Magnífico! A este, como candidato a presidente de la República!

El discurso de Ortega

Recuerdo que asistiendo al Parlamento de Roma una vez—la única vez que he asistido a un Parlamento—en 1929, viendo a Mussolini hablar, y a sus diputados escucharle como las animalias a Orfeo—no se me ocurrió otra cosa que escribir a Ortega y Gasset (mayo de 1929) desde el mismo Parlamento romano, diciéndole que aquello me hacía presentirle. (Quizá guarde aún la carta mía a Ortega.)

Cuando llegué a Madrid tras mi "Cinculto imperial", Ortega fué tan amable que me honró reconociéndome en casa y llevándome a pasear en su coche. Yo le expresé mi presunción. Le dije que lo más parecido a una posible situación original en España—desde luego "no fascista"—pues ya no sería original, lo constituiría para mí su figura, y una política juvenil y entrañable. Le vi tranquilo, en espera, seguro del sano pueblo nuestro.

El discurso este del Parlamento, que ha tenido embobado a todos los asambleístas, y que ha levantado en pie a "haz nacional", como comentaba el discurso "Crisol" con estas mismas y oficiosas palabras, me han hecho recordar la carta mía, y otras muchas cosas.

Yo no creo que Ortega sea nuestro Mussolini. Ni que la situación actual tenga la apariencia de un fascismo. Pero, indudablemente, pudiera ser esta la hora mediterránea de España, y Ortega su profeta. (Si no se hunde todo en el caos o en la cursilería: en una España balcánica.)

Cuando traduje a "Malaparte" y le puse un prólogo que levantó polvo, me empezaron a decir que yo era "fascista". Es como si a uno que habla del "bidet" en un país donde no se lavan las mujeres le llamaran cochino. Lo cierto es que en aquel prólogo yo vaticinaba una situación "nacional" que reorganizase nuestros "haces" ibéricos como en el siglo XV, Cataluña y Castilla, Fernando e Isabel—poniendo en esta tarea, no precisamente a un generalito, ni a un generalote: sino..., ahí están los nombres: Unamuno, Ortega, Pidal, Castro, etc. Todos los que empezaron ahora a hervir públicamente. Aquella previsión me costó las relaciones con mucha gente. Con casi toda la que exaltaba—generosa y entusiásticamente—en tal previsión. Desde luego con Ortega.

La tragedia de Ortega—y de todos nosotros—estará en si Ortega flaquea. En si se deja arrastrar por esta terrible República tradicional que "nada inventa". Que "hereda" el Himno de Riego, que "hereda" el morado de la bandera, que "hereda" la confusión del 73... Que "hereda" hasta ministros y situaciones de la Monarquía...

La tragedia de Ortega estará en no saber dominar esta República y hacer que esta República le "invente", le "encuentre a él". Porque sino, hay ya todas las probabilidades de que le considere a él también una "tradición más". De que le vaya considerando "la masa encéfálica", "el sabio", "el gran orador", "el profesor de Metafísica de la Central"... Esto es: "el hueco que dejó en herencia Salmerón".

Hay todos los peligros, todas las probabilidades de que esta tremenda República tradicionalista, le sepulte en la hornacina funérea de "Presidente de la República".

Mi mapa ibérico de atención

CATALUÑA

¿Qué pasa en Cataluña?

Por lo visto pasan muchas cosas. Unas parecidas a las de acá. Otras no parecidas. Entre las parecidas está esa del absentismo del escritor en la cultura. Un Gassol se ha soltado el pelo. Un Xirau se lo ha recogido. El autor de *Fanny*, Soldevila, tan fino y atildado, se lo va a dejar en el bigote y en la barba para marchar sobre Madrid.

La Universidad, con Serra Hunter a la cabeza, declara—no mientras estudia, sino mientras jama en opiparo banque-

el intelectual castellano—tras aquel famoso abrazo del Ritz—del que aun se está uno sonriendo, siguen sin entenderse, haciéndose caricias e hinchándose de arañazos.

En cambio, lo anarcosindicalista...

En cambio, el movimiento anarcosindicalista es de las cosas que pasan en Cataluña que no se parecen en nada a las que pasan en Madrid. Gritaría con gusto ¡Viva la F. A. I! Como gritaría con entusiasmo ¡Viva la C. N. T!

No sé bien lo que tienen dentro esas iniciales; pero me atraen simpática, decididamente.

La única definición política que me

hace unos días desde el extranjero. Maciá es la única figura grande y simpática de hoy en España.

Exaltación de Maciá

Ignoro los orígenes de Maciá. Se diría que no es un catalán pura cepa. Me extrañan y me admiran esa tenacidad, esa locura, esa valentía y sentido de mando que ha demostrado.

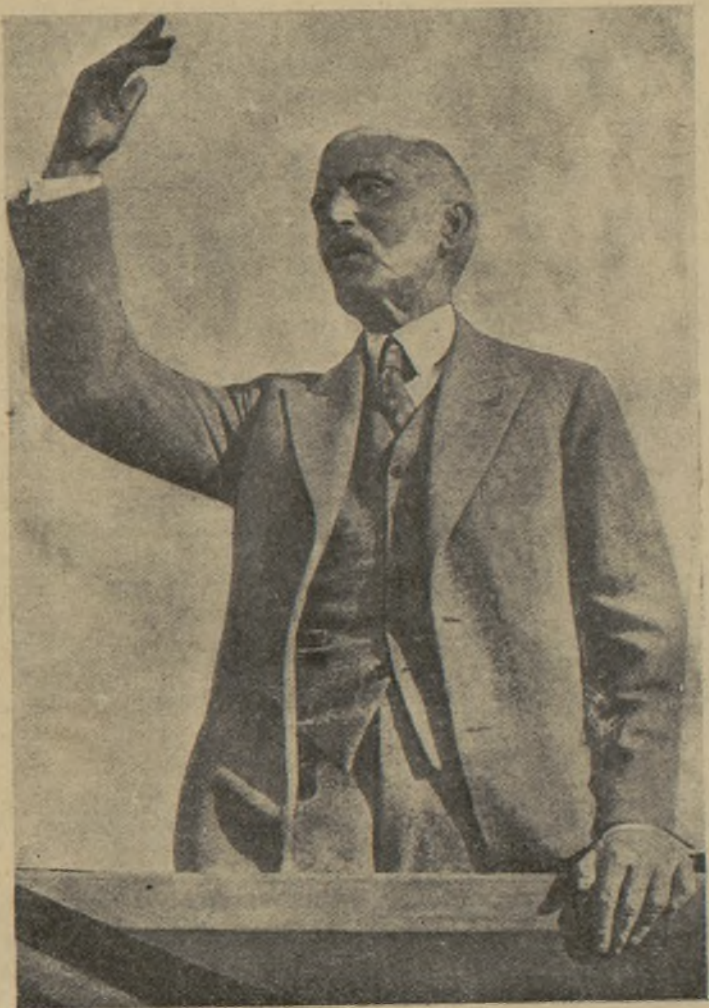
La gente aquí, en el Centro, es tan estúpida que cree insultarle llamándole don Quijote. Sin saber que el día en que a Castilla le roben *Don Quijote*, Castilla está perdida. Como lo está de hecho.

Castilla es hoy todo pancismo. Gobiernos y gentes medrosas, que todo lo dan, que todo lo rectifican, con tal de que "no haya locuras". Gentes que insultan a Franco, que escupen sobre las hazañas sublimes de los campesinos sevillanos y andaluces. Pobres gentes que sienten el odio y el terror por Maciá.

Maciá ha sido el único héroe y el único revolucionario en esta falsa revolución republicana.

Ha sido el hombre con voluntad, sabiendo entrañablemente lo que quería encarnando un ideal, longevo, de todo un pueblo. Creando con su espíritu audaz y oportuno todo un sentir unánime.

Ya se lo escribía yo a Sbert: *Para mí sería hoy un honor ser catalán. Así como va dejándolo de ser, continuar siendo esto, castellano, español, no sé ya ni cómo llamarme.*



OESTE

En el Oeste nada de nuevo

Otero Pedrayo y Teófilo Braga

Como pasar nada de nuevo no es que no pase nada de nuevo, sino que es muy viejo lo que pasa ahora como nuevo.

Parece ser que el escritor Otero Pedrayo pidió en un banquete auxilio a Portugal para salvar a Galicia, esa Al-sacia y Lorena que Portugal tiene en garras de España, según me aseguraba seriamente un amigo portugués.

Portugal parece que no se ha dado por enterado del socorro de Pedrayo.

En cambio, aquí hay quien ha puesto el grito en la Vía Láctea de Santiago de Compostela.

Yo no sé por qué los gallegos no han de poder aspirar a ser como los portugueses. Para España sería un beneficio incalculable.

No nos inundarían más de políticos chanchulleros y hampones.

Imitar a Portugal es imitar a un gran pueblo que tiene territorio, raza, tradición y navegaciones.

Precisamente en estos días he leído una colección de *Cartas*, de Teófilo Braga, editadas cuidadosamente por M. Marqués F. Braga, profesor de *licenciatura y abogado*. Braga reconoce una *Espanha lusitana*, frente a una *Espanha ibérica u oriental*.

Por mi parte no veo mal en que se forme no frente, sino junto a la España oriental una España lusitana. Lo interesante es que los lusitanos admitan, como el gran Teófilo, el nombre totalizador de *Espanha*.

Valle-Inclán

Uno de los que han sonreído al señor Otero ha sido el gran Valle-Inclán. ¿Qué hace Valle-Inclán además de

¿Y Sbert?

A propósito de Sbert. Tuve una larga carta suya en el extranjero con esa su escritura larga, nerviosa y algo femenina. Le vi un poco intranquilo y decepcionado.

Ahora veo que es diputado. Y que ha firmado no sé qué junto a Ossorio y unos señores muy de la derecha. Así como Ortega se reveló en el Parlamento como el fenómeno de Borox, así Sbert se le tenía por ese otro fenómeno taurino (aún novillero) del *Estudiante*.

Yo puse y he puesto mucha fe en Sbert. Me admiraron su sentido de organización y su paciencia indomable.

Pero veo que pierde masas por momentos y que se queda reducido a un *diputado*. Que es lo último a que puede quedarse reducido el hombre político.

Sentiría de veras que se malograra el camarada Sbert.

En cambio, Estelrich sigue Estelrich

Cuando me marché a los Balcanes vi a Estelrich en Barcelona.

Le encontré—dentro de su innato optimismo—depresso, en duelo y aplastado.

"Es como si se me hubiese muerto la novia"—me decía.

Estelrich, que era conocido en España y en los Balcanes ventajosamente, se encontraba recluso en su casa, sin poder entrar, salir, hacer declaraciones y comer bien.

A mi vuelta le veo también diputado. Y otra vez encantado de la vida. Yendo del caño al *quorum*. Y de allá para acá. Haciendo declaraciones. Frunciendo terriblemente el ceño, asustándonos. Y luego resolviendo todo en alegre optimismo regado de buen vino.

Un poco el caso de nuestro querido castellano Pedrito Sáinz.

sonreír y además de incomodarse? Me entero que toda "la situación" le ha querido sacar diputado por Lugo. Pero que los gallegos dijeron que no se situaban donde la situación.

Son unos absurdos. Este Parlamento debía ser el *completo* del 98. Unamuno, "Azorín", Baroja, Valle-Inclán...

Pero con el 98 van queriendo pocas cosas los del 15, los de la revista *España* del 15, que son los que se han alzado con todo, carteras, escaños, Embajadas, etc., etc.

El galaico García Martí

He leído su libro *En torno del pleito de España*.

Me gustó más aquel anterior referente a Galicia.

Hoy los gallegos deben hablar de Galicia. Los catalanes de Cataluña. Los manchegos de la Mancha. Los castellanos de Castilla.

Sólo está hoy permitido hablar de todas las cosas a mí, pobre Robinson literario, perdido en el mar, sin región, sin nación y sin estatuto.

Las estameñas pedagógicas

Se han creado unos misioneros pedagógicos.

En la calle de Postas, donde se venden las estameñas para todas las Ordenes religiosas, hay gran revuelo...

—¿De qué color será?

—Será fino. Hay 300.000 pesetas para estameña.

Porque los tenderos de la calle de Postas creen que nuestros nuevos misioneros, cerca del niño y del pueblo, deberán ir andando, andando por esos caminos polvorientos de España, ardiendo en caridad. No suponen que tomen la cómoda y burocrática posición del Evangelio "dejando a los niños que se acerquen a ellos".

¿Qué hay por Hispanoamérica?

¿QUE COSA ES "CUYO"?

Cuyo es algo de gramática, ¿genitivo? ¿Cosa posesiva? Cosa pronominal. Algo que está por un nombre. Y como está por un nombre puede llenar sus veces, equivalerlo. De ahí que valga para título de una revista. Cuyo se llama una flamante y humilde revista bonaerense. Cuyo se llama uno de tantos caer de hojas—literarias—de ese eterno otoño argentino literario. Siempre juguetes del viento. Del viento, de la moda. ¡Qué bien se escribe en Buenos Aires! En España sólo escribe así de bien—entre los jóvenes—Benjamín Jarnés.

¡Cuánto novologismo! ¡Cuánta peregrinidad! Casi no importa lo que dicen. Si no cómo lo dicen. A su lado, la prosa española de nuestra Castilla, va quedando, sin afeite, descolorida y fatigada.

Por ejemplo, Enrique Méndez Calzada inventa este término: *Prosemas*. Pues Lisardo Alonso se lo toma, advirtiéndole, entre grato y amenazador, que se ha permitido plagiarlo, porque plagiarlo es menos cómodo que invertirlo.

Pero donde están los verdaderos novologismos de la literatura argentina es en los mismos nombres de los literatos.

Voy a testificar con un desfile, que produce la voluptuosidad del vértigo verbal:

Lisardo, Delhez, Ulyse Petit de Murat, Sixto C. Martelli, Fuentes, Rendo, Rolando Cartasegna, Pelaia, Abregú Virreira, Ramponi, Vicente Nacarato...

Y, sin embargo—¡qué autenticidad en toda esa novionomástica!—de argentinidad. Se ve lo español, lo italiano, lo judío, lo criollo—embriagado de alcohol europeísta—, esto es, lo argentino.

SOBRE AMERICA Y EL VANGUARDISMO

Se comprende que la llamada literatura de "vanguardia" o maquinística, haya sido una creación de pueblos anti-maquinísticos, rurales, antiguos o bárbaros. Marinetti, Maiakowski, Huidobro, Guillermo de Torre, Tzara... Poetas de alma balcánica, romántica, alejada de todo contacto auténtico con el progreso y la racionalización de la vida. El vanguardismo refluía a París, que es donde refluían todos los balcanes del mundo, el balcón de todo volcán balcánico.

En todas partes al fin se reaccionó contra esa ola bárbara de poesía bárbara. Rusia pegó un tiro a Maiakowski. Italia casó a Marinetti, y le hizo papá y académico. Tzara engordó, se casó y se acabó ¿en la Rumania? Y España, ante el irredento y gran Guillermo de Torre, decidió mandarlo a América, donde únicamente podría perdurar novológicamente.

En América sigue "la imagen" saliendo todavía en libertad. En América siguen escribiéndose todavía cosas como éstas:

"Auto-bar. — El Auto-bar—por qué no ya Auto-restaurant?—es un malabarista de los sentidos. Nos esconde a la vista la cocina y nos envía al olfato a comida. A la manera del piano eléctrico de los bares, que de atrás del paisaje iluminado nos trasmite una música desanimada.

Esta característica encierra una sugestión de idea apropiada para ciudad moderna. Nadie había pensado hasta ahora en utilizar el olor a comida como anuncio de restaurant automático. ¡Olvido!

Se ha encerrado la luz coloreada en tubos caligráficos y se ha electrificado la visión de los fuegos de artificio; se ha remitido el anuncio oral por el espacio; los avisos se presentan a dos clases de

sentido. Uno tercero espera que la inventiva humana le ubique a la entrada del auto-restaurant, una sucesión de olor de cada plato del menú, finalizando con una fragancia, a modo de transición para encontrarse con los otros olores de la calle.

Para la financiación de este proyecto necesitase un capitalista que haya leído a Wells."

Esto ya nos va pareciendo imposible en España.

En España—yo no sé si a los demás—, pero en uno va despertándose un ansia feroz de desnudez, de simplicidad, de poesía directa, de asesinato de la imagen.

Ve uno ya que la literatura vanguardista, de la imagen, del maquinismo y tal, era la literatura del chófer. Y va prefiriendo uno quemar el automóvil, ignorarlo, ruralizarse del todo, a este escape de gases infectos y petulantes por el tubo posterior.

HUMBERTO RIVAS

No conozco a Humberto Rivas. Me escribe desde hace seis años. Me manda cosas que publico, y otras que no publico. Como era de la falange primigenia de Guillermo de Torre le respeto y le auxilio. Me escribe y me dice que no tardará en regresar a España. Y que aquí editará toda su labor inédita. ¿Dónde? ¿Sabe lo que se dice el amigo Humberto? Publiquémosle, por lo pronto, la ineditiz aislada de ese soneto que me adjunta.

La bahía se sueña, no se ve. Mar y cielo. se pierden y confunden entre una espesa bruma que forma en el espacio una compacta, espesa y oculta el horizonte tras un nevado velo. Todo es hechizo y calma en el plácido

del mar ensimismado. Un navío se esfuma y en un jirón de nube leve, cual una pluma, se queda suspendida la promesa de un vuelo.

Tan muda está y tan quieta que parece la bahía de ensueño. Nada sabe del mundo, y en su inmóvil corriente se ha parado la vida.

No se oye ni un murmullo. No se oye nada, nada, y hay un hondo misterio, un misterio profundo que flota como un alma sobre el agua dormida.

HUMBERTO RIVAS

Los Angeles (California), junio 1931.

LISTIN DE REVISTAS

Nosotros

Directores: Alfredo A. Bianchi-Roberto F. Giusti. Lavalle 1430. B. Aires

Sur

Directora: Victoria Ocampo R. de Elizalde 2847. Buenos Aires

Repertorio Americano Director: J. García Monge San José de Costa Rica

Monterrey Director: Alfonso Reyes Rua de Lavanjeiras 307 Río de Janeiro

La Pluma Director: Alberto Zum Felde Rque Graceras 662. Montevideo

La Cruz del Sur Director: Alberto Lasplaces Montevideo

Argentina Director: C. Córdova Iturburu Viel, 974 Buenos Aires

Índice

Clasificador, 24-A Santiago (Chile)

Contemporáneos

Apartado Postal 1.811

México D. F.

Director: Félix Nieto del Río Correo, 8. Santiago (Chile)

Mercurio Peruano

Víctor Andrés Belaunde Apartado 176. Lima (Perú)

Ramón, en Buenos Aires

Tengo noticias directas de Ramón. Entresacaré de ellas lo que pueda interesar a ustedes.

"Aquí se encuentra uno más, y ve si ha tenido posiciones equivocadas en la vida. Yo confieso que no he tenido grandes disgustos conmigo mismo, pero que tendré menos después de haber estado aquí. Quizá le pudiese llamar a esto el fenómeno imprescindible para la experiencia total, más que estar en la India.

Me quedan aún muchas conferencias, pues he de hablar en muchas provincias y en Chile y en Montevideo. Hasta mediados de octubre me parece que no voy a poder regresar.

Le supongo en igual paralelismo de inquietud que yo, y sé que eso hará que se pase pronto el tiempo de la ausencia."

Confidencias de Guillermo de Torre sobre España

El camarada Guillermo me dice desde su Uruguay, 634, de Buenos Aires: "Yo tengo pocas novedades que co-



Norah Borges

la mujer de Guillermo de Torre

municarte. Sigo barajando conjeturas y proyectos para ver cómo preparo mi instalación en París o Madrid... ¿Hasta qué punto—sin que aspire a nada político—podrá favorecerme la situación actual de ahí? Me siento ahora patriota e interesado por las cosas de España como no lo estuve nunca. Será un fenómeno común. Creo que les pasará lo mismo a todos nuestros coetáneos. Veo en marcha una nación, un Estado poderoso que antes no existía, y del que ya felizmente no habrá pretextos para renegar, si la República aprieta sus tornillos y deja todo limpio, ágil, joven y bruñido."

Mundo: breve giro por el mundo

Los Pen Clubs

Confieso que he hecho todo lo posible por sustituir los Pen Clubs por otras organizaciones de relación literaria menoscabadas, puritanas y alógenas que los Pen Clubs.

Pero ante el fracaso de los amigos de la combinación, y ante el hecho de que se celebren grandes reuniones internacionales sin que figure España—como ha sucedido en Amsterdam, ahora en junio—, vale la pena de pensar en revivir el extinto Pen Club.

Estoy dispuesto a encargarme de ello y a hablar con Marañón, Ayala, Ramón, nuestros antiguos penclubistas.

Un premio de "La Polonia Literaria"

Se instituye en la S. de N. un premio anual destinado a recompensar una obra literaria de alto valor que exprese ideas comunes a todas las naciones; la fe en el hombre, la idea del perfeccionamiento moral e intelectual y del bienestar universal.

Podrán concurrir a este premio los escritores de todo el mundo.

El importe de este premio anual de Literatura será de 100.000 francos suizos.

"Front", revista roja holandesa

He sido invitado a colaborar en la revista roja holandesa *Front*. Me gusta. Tengo el número 3 delante. Hay poemas y ensayos de Maiakovsky, de Joseph Kalar, de Friedrich Elka, de Kei Maruyama, de John dos Passos, de Alan Potamkin, de Herman Spector, de Erich Reinhardt, de Adolf Scheer, de X. Abril... Tiene todo ese aire internacional y mezclado tan grato a todo lo rojo, cuando lo rojo quiere avanzar sobre el mundo.

Atenciones hispánicas de The Criterion

La revista londinense de T. S. Eliot, dedica en su número de julio una gran reseña a nuestra GACETA LITERARIA.

En número anterior había ya acogido una fina crónica hispánica de Antonio Marichalar.

"Le Journal des poètes"

Se ha comenzado a publicar en Bruselas un curioso periódico literario, dedicado exclusivamente a los poetas.

Forman el Comité de lectura: Arnaud, Bourgeois, Carême, Geo Charles, Dermée, Flouquet, Ivan Goll, Henry Fagne, Linze, Geo Norge, Salmon, Vandeputte, Vandercammen, Verboom y Werrie.

"Books Abroad"

¡Qué bien hecha está esta revista! El librero Juan Vicens—que tiene las grandes ideas y la más espléndida buena voluntad—también me hablaba encantado de esta revista, hecha en Oklahoma.

Redactada universitariamente, con una pulcritud y un método perfectamente yanqui, dedica en todos sus números reseñas atinadas y copiosas de la producción española. Yo la estimo mucho. *Books Abroad* también me contrabandea esa estima, y de vez en cuando fija amablemente su atención en mí.

La resurrección de Fausto

Así se titula un interesante y documentado artículo que el profesor y amigo hispanista Ezio Levi ha dedicado en *Il Marzocco* al tomo XIV de las *Obras completas* de Gregorio Martínez Sierra.

NOTICIEMOS SOBRE CINEMA

París, 3 momentos, tres films

He estado unos momentos en París. Eran momentos precisos: literatura, diplomacia, cine, sefardismo, hispanismo, organización turística y exposición colonial. Hecho lo que tenía en cada uno de esos negociados desaparecí, como desaparezo siempre de París: encantado. Como se desaparece de una oficina. Para mí París es una oficina con cierres metálicos. Dura, llena de acicate, fatigosa, inaguantable. Inaguantable con sus mecanógrafas, con sus visitas, con sus ruidos por la calle y con el tener que comer en cualquier parte utilizando todos los vehículos.

Lo que vi de cine—fué poco y exacto. Por tanto—mucho.

1. UNOS FILMS EN YIDDISH.
2. CITY STREETS. 3. L'AGE D'OR.

De los films en Yiddish en el Studio 28, diré que sólo teniendo responsabilidad y curiosidad por la cuestión judía se puede resistir tal visión. Ni siquiera siendo judío. Habría hasta cuatro o seis judíos en la sala. El resto no judío, éramos las sillas y yo.

Conduje conmigo a Pascale Saisset, una exquisita y admirable mujer sefardí, francesa, escritora, inspectora escolar, colaboradora de altas revistas, y cuya compañía deseaba—por carta—desde hacía tiempo.

El programa consistió en un documental—muy malo—sobre Palestina, que fué, sin embargo, lo único bueno.

Las otras películas se llamaban: *La melodía judía*, ¡Oh doctor! y *Los eternos locos*.

La melodía judía, salvo su aire de petenera cantada por Emmanuel, de Nueva York, resultó pesada, lenta, sin medida (sin medida cinematográfica).

El ¡Oh doctor! era una cinta cómica realizada por un célebre actor burlesco de Israel: Menasche Shulnik. Parecía un film primitivo de Gaumont o de Pathé—sonorizado—, sin la gracia primigenia de aquellos incunables del cine.

En cuanto a la presa fuerte, *Los eternos locos*, nos aburrieron hasta la desesperación.

Yo creí encontrarme una técnica como la teatral del *Habima* moscovita, y me encontré un pobre y provincial ensayo.

Mi resarcimiento de técnica la encontré en el Gaumont-Elyssée con *City Streets*, ese film extraordinario de Rou-



City Streets.

ben Mamoulían que es, sin duda, lo mejor que se ha producido hasta ahora en el "cine standard".

Es un film Paramount. Es como esos

coches americanos de la General Motors, que salen soberbios porque sí.

Está fabricado en serie, como todos los demás, sin el propósito—como los demás—que contar una historia de bandidos y asesinos.

Pero lo genial es que no cuenta nada. Es que lo crea todo de la nada.

Lo genial es que parece ir buscando la eterna moral del "es un film Paramount", y lo que se encuentra es una escalofriante *amoralidad*. Crímenes puros, en frío, buenos, naturales. Amores con son y con ton. Y un juego de cámara que ya no es juego; es la matemática de la acrobacia.

Gary Cooper, Sylvia Sydney, sí, los héroes de cualquier Paramountada... Pero ahí... dos subconciencias, dos seres objetivos en marcha... (¿quién es ese Mamoulían?)

Se comprende que los surrealistas estén locos por este film. Que llega sin querer a profundidades que queriendo no llega *L'age d'or*.

L'age d'or la contemplé casi para mí solo.

Su autor—Luis Buñuel, regresado de Norteamérica, decepcionado de aquel clima—, sin aceptar el menor contrato, con la misma valentía que abandonó Europa por América, ha abandonado América por Europa. Hecho el ensayo.

Luis Buñuel—el único quizá de todo el grupo surrealista—es un ser atroz-



Este gran cuadro de obispos pulverizados en «L'Age d'Or» recuerda los mejores lienzos de Valdés Leal.

mente moral. Ha nacido para asceta, para iluminado, para sindicalista, para algo así de hermosamente ético.

Retirado en humilde rincón parisino, sin apenas contactos sociales, está dispuesto a emprender una labor manual, antes de caer en el cine americano. El admira el cine americano. Y admira el sistema americano. Y admira la vida americana. Pero el confort le asfixió, le aplastó y le expulsó.

Le expulsó el ver que para realizar un film todo el mundo era un tornillo que nada tenía que saber del juego que hacían los otros tornillos. Esa racionalización objetiva de la vida americana le volvió loco, fugaz, irritado. Buñuel—que suele hablar de comunismo y de maquinismo como hablamos hoy todos los jóvenes españoles—lleva dentro lo que llevamos los demás jóvenes españoles: el anarquista, el individuante, el insocial. O como diría Pío Baroja, "el randa". "Cada cual con su manta a un

rincón", ese es nuestro instinto social español, auténtico y profundo. Preferir el piojo a la gimnasia.

Con Luis Buñuel fui a ver *L'age d'or*.

Yo había llegado a París el año pasado la misma noche de su prohibición policíaca. Escribí sobre ello, indignado de que los suprerrealistas se dejaran montar, cabalgar, por los Cemelots du Roi.

El film de Buñuel me pareció como *El perro andaluz*, uno de esos films que yo llamaría "de colegio", como se llamaban ciertas piezas dramáticas en el Renacimiento. Los norteamericanos tienen una serie de *colegio* (no educativa), sino de escenas de la vida social universitaria yanqui.

Pero este "colegio" a que me refiero, es una creación especial de Buñuel y Dalí.

Es el colegio dentro del colegio, el colegio hecho recuerdo humano, subconciente infantil.

Las escenas del *Perro andaluz* son todas de adolescente en colegio: lujuria, maristas, cuadernos de geografía, pianos, bicicletas, cajitas de sorpresas, playa y crueldad, navaja de afeitar.

Los actores son todos de colegio, amigos de colegio, de un colegio ideal.

En *L'age d'or* sucede lo mismo. Un espantoso bandido—Max Ernst, gran colegial—dice de pronto: *Et Peman?* Pues Peman es el poeta Peman, cuyo nombre obsesionó la pedagogía poética de Buñuel—Dalí, y que—subconcientemente aparece mezclado con nombres de bandidos.

La parte anticatólica, créi que me iba a fastidiar, no por lo que tuviese de anticatólica o de antibudista, sino de blando servicio al judaísmo de los

desierto de Extremadura. Buñuel es un alma de desierto aragonés, a caballo sobre mitos freudianos. ¡Qué gran colaborador hubiera Buñuel tenido en aquel gran ser que murió, y que se llamaba, ¿sabéis cómo se llamaba? ¿Sabéis Ortega y Rubio cómo se llamaba? Aquel hombre de la muerte y del pene erecto se llamaba ¡Luis Estesos!

L'age d'or se un film que obsesiona libidicamente. Aquella boca de mujer chupando el pie de la estatua, los tambores y los brazos cortos del apache aquel benéfico, los roquedales catalanes, las caricias crispadamente inabables de aquellos dos en el jardín, la patada al viejo, el asesinato del niño, la bofetada a la vieja, el arado con tambores, tambores, tambores, y el resto música barata y atroz.

No quiero seguir hablando de *L'age d'or*. Debo hablar todavía de muchas cosas.

Desarrollo hispanoamericano de los Cineclubs

Es curioso. Cuando ya en Madrid, tras una labor de tres años, tras una proyección de ochenta y dos films, tras una tarea que no ha visto otra recompensa que el ataque, el silencio y el aprovechamiento comercial de las empresas; cuando ya en Madrid no sabemos qué hacer con los Cineclubs—atemorizados por mucho snobismo irritante e irritados por exigencias incomprensibles—el resto peninsular e Hispanoamérica abren sus ilusiones cineclubistas. Inútil decir que estamos a su entera disposición. Entusiásticamente.

CINECLUB DE MEJICO

26 de junio de 1931.

A la directiva del Cineclub español. LA GACETA LITERARIA, Madrid (España).

Muy señores nuestros:

Principalmente promovidos por el ejemplo de la fundación y ejercicio del Cineclub Español, un grupo de pintores y escritores mejicanos decidió fundar el Cineclub de Méjico, cuyos estatutos y programa tenemos el gusto de adjuntarles.

Abuelo del Cineclub de Méjico se declaró espontáneamente S. M. Eisenstein, actualmente haciendo una película en nuestro país; como tal, inmediatamente se ha servido prestar su colaboración plena y entusiasta.

Coincidiendo estos comienzos con la llegada de D. Julio Alvarez del Vayo, al que nunca podremos llamar excelencia por ser tan excelente persona, no pudiendo éste declararse también abuelo, fué declarado tío en primer grado, siendo desde luego uno de los más entusiastas miembros de nuestro Club.

Lema nuestro: "El cinema es un asunto de acción y no de palabras." Por lo que hemos empezado a obrar y a hacer esfuerzos para ofrecer nuestra primera sesión a fines de julio próximo.

Deseando estar en contacto e intercambio con todos los Cineclubs, nuestra predilección va hacia el de la nueva República española, enviando para el efecto estas líneas salutaris y de camaradería.

Naturalmente que sugerencias, ayudas y cuanto ustedes puedan ofrecernos y darnos serán recibidas con la más legítima gratitud mejicana.

Mientras tanto, hacemos un voto de confianza en que, tanto el Cineclub de España como el de Méjico, lleguen a solidarizarse íntimamente.

AGUSTÍN ARAGON LEIVA
Secretario general.

CINECLUB CUBANO

Me escribe D. Gino Novoi Calvo, que ha llegado a Madrid, con un encargo para la formación del Cineclub en La Habana.

CINECLUB URUGUAYO

Como vicepresidente del Cineclub Uruguayo me interesará vincularme a las actividades del presidente del Cineclub de Madrid y tratar de intentar una mutua colaboración entre nuestros dos centros. Tengo muy buenas referencias sobre su film *Esencia de Verbena*. ¿Cómo hacerla llegar hasta aquí? Reciba un afectuoso saludo de su compañero y amigo, *Pereda Valdés*.

CINECLUB ARGENTINO

En el Cineclub Argentino Ramón Gómez de la Serna ha presentado mi película *Esencia de Verbena*.

CINECLUB EN PORTUGAL

Exma. Direcção do Cine-Club de Madrid. Desde ha muito que um grupo de Novos pensa fundar no Porto um Cine-Club, parecendo-lhe esse o unico processo de trazer até nos um certo numero de films que nao ha probabilidades de serem exibidos nos cinemas, cujas empresas sempre recearam a novidade e a audacia, e, em suma, tudo o que possa desagradar à mais inculta parte do publico.

Ora, pensamos que talvez o Cine-Club de Madrid nos podesse trazer um inestimavel auxilio; no programa, publicado na GACETA LITERARIA, dos films a exhibir n'esta epocha pelo vosso Cine-Club vimos grande numero de films inéditos entre nós, e dos tais que nao ha probabilidades de serem aqui exibidos. O primeiro auxilio, por tanto, que esperamos de Cine-Club de Madrid, e que desde já efusivamente agradecemos, é que nos informe das condições em que poderíamos obter esses films. Desejariamos saber se esses films são alugados directamente aos productores ou se a alguma empresa intermediaria. E também, em que condições financeiras os obtem o Cine-Club de Madrid. Ou ainda: haveria possibilidades de tais films nos serem directamente alugados pelo Cine-Club facilitar a sua obtenção, no caso de nao os poder transmitir directamente?

O bom resultado do nosso empreendimento depende pois da boa vontade da Direcção de Cine-Club de Madrid.

Pelos organizadores, *Adolfo Casais Monteiro*.—*Manoel Oliveira*.—

CINECLUB EN ALICANTE

Sr. Presidente del Cineclub.

Madrid.

Muy señor mfo: Un grupo de noveldenses que sigue atentamente las tareas del Cineclub español, por mediación de éste su servidor, se dirige a usted para que, a ser posible, nos dicte normas y orientaciones para fundar en esta ciudad una sección del antes referido Cineclub.

Al efecto, mucho agradecería de usted nos remitiese programa o estatutos por que se ha de regir, condiciones para la recepción de films y forma de abonar los gastos que la proyección en ésta, de los mismos, origine.

He de manifestarle que contamos este Grupo con el ofrecimiento desinteresado de un aficionado, el cual proporciona máquina proyectora y local adecuado para celebrar las sesiones.

Si para llevar a feliz término las negociaciones para la instalación en Novelda de una sección del Cineclub español le faltase algún dato, espero me lo comunique.

En espera de sus gratas noticias, aprovecho esta ocasión para ofrecerme de usted atento seguro servidor q. e. s. m., *Antonio Carbonell*.

SOBRE "ESENCIA DE VERBENA"

A Allian Penning.

París.

Muy distinguido señor: Recibo su carta de la "Maatschappij voor Cinegrafie del Centraal Bureau voor Ligafibus" en que me solicita la explotación de mi film *Esencia de Verbena* para esa Central europea y para Holanda.

Me es grato acusarle recibo de esta petición que me honra por el sitio de donde procede, dejando los pormenores para carta aparte, y que le entregará mi representación en París.

Nuestros cinempresarios

RICARDO URGOITI

Ricardo Urgoiti—el Ricardito americano de nuestro cine ibérico—es el único caso importante de americanismo en Iberia. Exhala de sí un paisaje de máquinas, negocios y deportes. Y al chocar tal paisaje con el genuino de nuestro país—antimaquinístico, antinegociante y antideportista—, forma una refringencia curiosa que da carácter a Ricardo.

Por ejemplo, hace canotaje a motor. Y su pista tiene que ser el pobre estanque



Ricardo Urgoiti en el Retiro como en el Océano yanki.

del Retiro, hecho para el conceptismo de los Austrias, y luego para el remo gremial de los jóvenes radicales socialistas madrileños.

Hace "ski"... Y tiene que buscar la nieve con exploraciones por las sierras carpeñanas.

Hace radio... Y sólo a fuerza de músculos estira las ondas, como goma de mascar, hasta los hogares indígenas.

Hace cine... Y sus circuitos luchan en la

pobreza de nuestras salas como lucharían bolidos de carreras en una pista para patinetes.

Yo le admiro mucho. Me parece el realizador de lo que uno ha ido soñando para España. De lo que uno ha pespunteado en el aire: el amor a la máquina, al deporte y a la empresa.

Nos hemos encontrado juntos, desde la cabina de cine al fonógrafo y a la barca en el agua. Sólo que yo me contento con remar como Robinson por el estanque, mientras su canoa echa humo. Y me contento en tocar de lejos—con los ojos—la nieve, mientras él la estría. Y me contento en

desobturar la radio, mientras él la ondea. Y me contento en gozar e inventar los films, mientras él los distribuye.

Ricardo Urgoiti ha sido para mí como el ensayo de todo lo que España podía yanquizarse. Bien poco. Ha sido también para mí la ayuda de descubrir en mí lo que soy yo en el fondo: un antimaquinista, un antinegociante, un antideportista, un romántico, capciosamente enmascarado de gritos contrarios.

Una pirueta poco elegante o la revista y el music-hall

Don José Miguel Durán es, o creíamos que era, un buen amigo nuestro. Cuando se inició el Congreso Hispanoamericano de Cinematografía—en las primeras sesiones—nadie se acordaba de los catalanes. Yo propuse que Cataluña debía participar ampliamente. Se aceptó, y por el momento se pidieron dos nombres. Yo di dos: el de Víctor Hurtado, al que conocía algo, y de don José Miguel Durán, a quien no conocía si no de nombre. Ninguno de ambos se acordó de darme las gracias, si es que la cosa lo merecía.

Pero una noche, el amigo Gasch me presentó al Sr. Durán en Barcelona, y fueron tan amables que me invitaron a cenar. Durán me contó que había estado con el Ciné-Latin, de París, pero que su profesión era la de bailarín. Y en el cine, junto a su lado artístico, veía un posible negocio, precisamente en su lado artístico y cultural.

Empezó con los Cines, de Barcelona, unas sesiones especiales, y estas sesiones tuvieron dos fines: arruinar la meritoria labor cineística de "Mirador", de Víctor Hurtado, y emburguesar el cine de estudio, a fuerza de taquilla comercial. El disparo tal vez iba también contra el Cineclub de Madrid. Pero más fuerte o más hábil supo resistir y vencer el ataque.

Un buen día se presentó Durán en mi casa. Había dejado Cines—no sé por qué—

y quería trabajar Madrid. Presentado por Gasch, y sin nada palmario en contra, le abrí los brazos, mi casa y mi modesto apoyo.

Entonces yo estaba cuajando un núcleo que dió su labor—en medio de todas las absurdas dificultades españolas—, y que las ha de dar en cuanto el Gobierno republicano lo transforme en algo eficaz y directo. Me refiero al Comité de Cinema Educativo.

Le introduje en él y nos pusimos a colaborar, si a colaborar se llama ir yo de barrio obrero en barrio obrero, de colegio en colegio, haciendo propagandas que me costaron dinero, salud y tiempo. Y él, a enterarse amablemente de todo cuanto yo hacía. Además puse de mi parte cuanto pude por zanjarle una cuestión militar que tenía pendiente en el Ministerio de Marina.

Cuando marché a mi viaje balcánico creí dejar, en el Sr. Durán, un amigo y un colaborador. Pero al regresar me encuentro que ha hecho un único número de revista de cine donde me pone verde, azul y negro, mientras inicia por los ministerios gestiones que están ya archiñiciadas.

Me le encontré el otro día. Le saludé. No quise sino sonreír a ciertas excusas que me dió. Me bastó saber que con el nombre de Gartner está bailando en el Retiro y en Stambul, locales frescos para las noches de verano en Madrid.

Le vi desesperado del poco caso que le han hecho en sus gestiones ministeriales, a pesar de que su tesis es la de que "el Estado no intervienga, no produzca".

He lamentado de veras, de veras, esa pirueta tan poco elegante, del elegante amigo José Miguel Durán, a quien acogí una noche barcelonesa, gozoso, a la sombra de Sebastián Gasch, buena y fiel.

Robinsón habla de arte, teatro

Salvador Dali.

Iba yo en busca de Pascale Saisset, en Montpamase, cuando alguien, disparado por una mesa de la Rotonde, me sujeta un momento.

—¡Dali!

Nos sentamos un momento a su mesa. Dali, salvo unos zapatos de tejido de cesta de playa, no llevaba ningún otro indumento terrorífico. Al día siguiente, que le encontré otra vez, llevaba una camisa escarlata.

Dali me habló con su tono, duro y seco, de Cadaqués. Me habló con sus cigomáticos tensos, de apache. Con su bigotito de pera barcelonino, que le da más seriedad a la seriedad trascendental de Dali: seriedad asustante, sombría.

—Preparamos ahora una Exposición surrealista de objetos. Va a ser magnífica. ¿Por qué no haces algunos? Yo estoy preparando—creo que para Noailles—un parque de atracciones surrealistas. Por ejemplo, una bola, donde al introducirse uno se queda como en el óvulo materno... Y un "film", donde hay cosas muy perversas. Todo muy perverso...

Le pregunto por Gala, su amiga.

—Ha sufrido una operación terrible. Un fibroma en el sexo. Me la llevo mañana a los Pirineos franceses.

Gala Eluard—ya he hablado alguna vez de ella. Es la mujer estéril y de sal, que fecunda y endulza el arte de Dali.

Dali siente por ella un amor de adolescente, encantado y frenético. Dali cree que este es un amor perverso, porque ella es la mujer de un camarada y porque es estéril y violenta. Esta creencia le hace sublimar su amor propio, y le da fuerzas



Salvador Dali.

para seguir viendo perversa y adorable a la mujer visible...

(¡Qué gran catalán es Salvador Dali!)

Serio, serio, seco. Pero tan lleno de talento plástico.

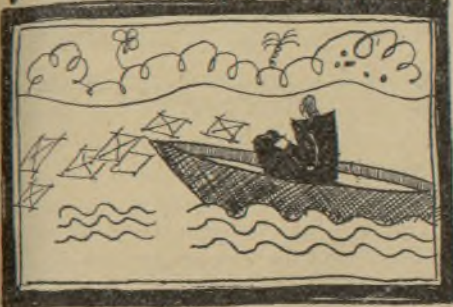
Teatro de Bali.

En la Exposición Colonial de París no hay más que una cosa maravillosa: el teatro de Bali, de las islas nirlandesas. Todo lo demás es repugnante. En el teatro de Bali—el Robinsón hablará largamente un día—pasé de las horas más felices de mi vida.

No por su poesía exterior, ni sus luces ni su música, como van a ver los snobs de París, sino—además de eso—por las revelaciones originarias que guarda de la tragedia.

Allí está el drama ario, lo griego, lo cristiano... Allí, nuestro Juan de la Encina... Allí, el origen de los coros infantiles, que son lo menos infantiles del mundo, lo más milenarío del mundo...

servicios de estafeta



A Larbaud, a Cassou, en Italia.

Querido Larbaud, querido Cassou, ¿qué tiene Italia para los escritores franceses? ¿Qué hacen ustedes en Italia?

Extraño fenómeno este encruzamiento de sus tarjetas italianas a mí, en París, que llegué a sus domicilios vacíos.

Larbaud me dice así: "Acabo de recibir aquí, en Marina de Pisa, su tarjeta de Ogino. Ya habrá ido usted a buscarme rue du Cardinal Lemoine, sin encontrarme. Lo siento mucho. Hace diez días estaba yo en Milán y dentro de dos semanas estaré en Lecco. Espero que, finalmente, nos encontraremos en Madrid."

Cassou me dice así: "Sí, querido Ernesto, aquí estoy, en Piamonte; interferencias de la vida ¿Cuándo vuelve usted a París? Guardo un recuerdo conmovido de aquellos días madrileños (de la proclamación de la República)."

Justamente, decía hace poco otro gran italianista francés—Benjamin Crémieux—, que el viaje a Italia es indispensable para todos los escritores de Francia, por la gran tradición que ello significa. Añadía que desde Stendhal Italia ha operado una influencia palpable sobre las letras francesas, y que el escritor francés sólo se encuentra a sí mismo en Italia.

Me parecen excesivos estos aforismos del amigo Crémieux. De todos modos, puede advertirse, tanto en el mundo germánico como en el semigerámico, que es Francia una corriente de atención por Italia desde después de la guerra.

En España también se ha ido despertando. No quiero hablar de mí, ni de otros amigos. Bástenos citar el ultimísimo caso: el de Rafael Alberti, camino de toda Italia, de un brazo romántico de mujer.

A un esperantista de Bilbao

Siento infinito, señor Arciniega, de Bilbao, no poder dedicar LA GACETA al esperanto. ¿No es bastante el haberse albergado todas las lenguas peninsulares antes de que aprobasen sus estatutos en las Cortes?

A un señor que pregunta señas

Sr. D. José María Lladó.

Distinguido compañero: Tengo el gusto de satisfacer su petición. Las direcciones literarias por que se interesa, son las siguientes:

Miguel Pérez Ferrero. Ayala, 32.
Rosa Chacel. Plaza del Progreso, 5.
José Moreno Villa. Residencia de Estudiantes.
L. Gómez Mesa. María de Molina, 92.
C. M. Arconada. Bravo Murillo, 103.
E. Salazar Chapela. Alcalá, 157.
Rafael Alberti. Lagasca, 101.
Antonio de Obregón. Paseo de María Cristina, 2.
Le saludo atentamente.

Al doctor Oliver, en Urgell

El concurso Maraño, de LA GACETA, está sin fallar, porque todos los trabajos los tiene en su poder el ilustre dador del premio.

A Boris Chivatcheff, enfermo en Sofía

Amigo y compañero: La primera vez que estuve en Sofía yo estaba enfermo. Está segunda lo seguía usted. Me dolió que Mezan no me llevase a su lado. Hispanista, poeta, enfermo, amigo desconocido, sentía y siento por usted la simpatía del que vigila por todo aquel que se ocupa de España. Y usted ¿se ha ocupado tanto, a pesar de su mórbida fatalidad! Ya nos veremos algún día, amigo. Siga esta amistad a través de las columnas de LA GACETA LITERARIA o a través de nada. Siempre.

A un sefardí que se interesa por un libro mío

Mr. Henry v. Besso.

No, distinguido amigo, aun no apareció

mi libro sobre los sefardíes. Espero poder ponerlo a su disposición este otoño.

A uno de Moscú

Sr. D. Timoteo Gluckmann.

Me alegro mucho, Sr. Gluckmann, que le haya complacido nuestro número sobre el grande y desventurado Gabriel Miró. Procuraré que reciba LA GACETA regularmente. Tomo nota de su traducción: "Bald erscheint in meiner Übersetzung in russischer Sprache "Tirano Banderas", von Valle-Inclán."

Cuando reciba el ejemplar que me ofrece tendremos gusto en transmitirlo a Valle-Inclán, cuya dirección es General Oraá, número 9, Madrid.

Cordialmente compañero.

A Esteban Essmanowski, en Polonia

Mi distinguido amigo: He recibido sus tarjetas sobre la encuesta que prepara *Wiedomosci Literackie*, y le prometo hacerlas llegar a los señores

D. R. Menéndez Pidal.

"M. Unamuno.

"Jacinto Benavente.

"Pío Baroja.

"R. Pérez de Ayala.

"R. del Valle-Inclán.

"E. Marquina.

"R. Gómez de la Serna.

"E. D'Ors.

"José Ortega Gasset.

Doña Concha Espina.

D. J. Salaverría.

"Gregorio Maraño.

Sobre el premio en cuestión, me ocupo dentro de este mismo número.

A Henriette Magy, hispanista tolosana

Todavía no he recibido su libro *Raquel*. Lo señalaremos, aunque ya lo haga nuestro amigo Falgairolle.

¡Cuánta admiración por su labor en el mediodía francés contra la falsa idea de nuestro casticismo! Gracias en nombre de todos mis compañeros de letras que ahora están ocupadísimo salvando a España de no sé qué clase de casticismo. Su proyecto de un grupo titulado *La amistad franco-española* me parece encantador, señorita Magy. Puede contar desde ahora mismo con nuestra pública adhesión. Voy a dar su dirección para que se conozca en nuestros medios. ¡La señorita Henriette Magy, vive en Tolosa de Francia, calle de la Concordie, número 52!

Al señor Kaltofen.

Amigo y compañero: En su carta de Dresde me dice haber enviado un artículo sobre Otto Griebel. Yo no lo he recibido.

Hoy me adjunta dos ilustraciones, de las



cuales me permito reproducir la que más daño me hace.

Me interesa ese bárbaro de Griebel. Y haré por él y por usted lo que me solicite.

A mi biógrafa Lucy Tandy, en Oklahoma

Le acabo de mandar, querida amiga, todo el cuestionario que usted me mandó, respondido detalladamente. Me ha hecho usted escribir mucho. Demasiado. Celebraré que

su libro esté pronto listo, y que esa amable Universidad la premie su esfuerzo por mí. Yo no sé cómo agradecerle, señorita. Me gustaría ser un héroe, algo extraordinario, de cine... Pienso en el escándalo que significará en nuestro país un libro sobre mí, aquí donde no se han escrito sobre los grandes maestros nuestros desde años, desde siglos. Quizá ese libro me inmunice contra la Muerte. (Contra la Academia. Contra la Política. Contra la estatua en el paseo público.)

A la intrépida Rosa Arciniega

Veó que he firmado un banquete a usted por un libro suyo que no he leído: *Engrajados*. Pero he leído los capítulos de LA GACETA hechos por usted. Y aun cuando no firmé su banquete sino espiritualmente, elevo mi aplauso a usted ahora, ilustre amazona de nuestros momentos actuales.

Me dicen que es usted interesante. Su literatura lo es. Me recuerda algo la del amigo Jarnés, con una ventaja. Jarnés, que tiene un temperamento suave, nervioso, dulce, irónico, le dió en literatura por el tono apodictico a lo Ortega y Gasset (ya lo va dejando). En cambio, usted no se da tono, y se abandona a la sensualidad de las palabras. Muy bien. La vi la otra noche en el *dirt-track* ofrecer una copa a un ganador. Me hubiera acercado a saludarla. Pero no tenía copa que ofrecer a usted. Y además me hubieran tomado por un motorista de paisano que fuese a hacerle el amor. Los guardias me hubiesen apartado. Ya nos veremos, intrépida amiga.

A Piero Pillepich, en Fiume

Mi distinguido amigo: Hemos publicado alguna vez sus estudios sobre españoles. ¿Recuerda? El Fernández Flórez, por ejemplo. Veó, sí, su firma, numerosamente, en revistas americanas. Le agradezco infinito cuanto por España hace. Sabe que tiene en mí un atento amigo.

A Aurelio Pego, en 254 Manhattan Avenue.

Me extraña que no reciba LA GACETA. Está su ficha en el fichero. Sus colaboraciones son muy gratas y han ido apareciendo. Recuerdos míos.

A Francisco Valdés, en el campo extremeño

No he recibido ese ensayo sobre "Azorín". Le recuerdo muy bien. ¡Primeras armas en LA GACETA! Siento que tenga que abandonar el trabajo campesino. ¡Con lo bien que va el campo para un escritor! Recuerde aquel famoso artículo de Ortega "Pepe Tudela vuelve a la Mesta", que nos dejó a todos los escritores madrileños con una nostalgia de trigo y oveja enorme. Luego resultó que Pepe Tudela ni volvió a la Mesta ni tal. Tuvo cargos administrativos e intervino en la política. Como si siguiese en el Ateneo. El caso de usted es el contrario. Es el hombre que vuelve de la Mesta, porque la Mesta, según me dice, da ahora menos que comer y más disgustos que la literatura. Ya sabe dónde tiene siempre mi mano de amigo.

A Almela y Vives, en Valencia

La sección que me propone de "Banderillas en el mapa" me parece curiosa. Y más curiosa la segunda parte de su petición. ¡Retribución, por modesta que sea! ¡Qué placer inmenso el mío en acordársela, si nuestras Cortes de intelectuales votasen un crédito para pagar colaboraciones a sus hermanos que no cobran mil pesetas mensuales y escriben de verdad!

Pero me temo que nuestros hermanos en el Poder van a hacer muy poco por nosotros, los desventurados, los descarriados de la fortuna electoral! Lo siento mucho, hermano. Dios le ampare, si queda todavía por ahí algún dios no parlamentario. (¿No me ve a mí escribiendo por todos... y por nada?)

A Pedro G. Arias, que me pedía un prólogo.

—Distinguido amigo:

No he hecho prólogos nunca. Le ruego que no me solicite un prólogo sobre su libro. Tampoco he leído manuscritos. Me aterra el manuscrito. No me obligue a leer el suyo hasta que deje de serlo, hasta que pase a tipescrito; a impreso.

En cambio, si acepta unas letras mías en carta de amistad, tómelas.

Veó e nusted un poseído de la literatura. Un hombre de vida sencilla, recta, honesta, apacible—en quien la literatura juega el juego del azar, de la aventura, del vicio, de la

perdidez—. (Literatura: su borrachera secreta.)

Veó, por la portada de su libro, que la literatura le ha arrastrado a un viaje erótico por Asturias. Tengo entendido que Asturias es su madre. El caso es bueno: llegar a la entraña de una fiebre sexual. Si resuelve usted tal complejo audaz en su libro, su libro será un buen libro. Un libro con querencias. Son los únicos libros plausibles.

Estoy seguro de que en su hogar se considerará la literatura—con razón—como a una querida, con el estremecimiento de los peligros disolventes, disociadores. Soy demasiado amigo de la literatura para disuadirle a usted de que la abandone. Lo que sí debo aconsejarle es que la santifique. Que acuda a ella con espíritu dominical, de unción, en sus momentos más tristes, deprimidos, sórdidos, realistas y crudos de su vida. No hay mejor alcohol. No hay mejor oración. Mejor olvido de lo terreno. En su libro veo misas de primera hora. Fatigas ascéticas. Disciplinas de la carne cotidiana. Ya es bastante.

No le importe no tener éxito. El éxito es una putrefacción para la voluntad pura. Pretenda siempre. Con la literatura—como con toda divinidad—vale más una sonrisa que una posesión.

Perdóneme que adopte este tono sacerdotal y le dé a usted uno catecunémico. No he sabido esquivar lo comprometido de su petición sino adoptando este tono comprometedor para usted.

Cordialmente, E. Giménez Caballero.

El libro ha aparecido. Se llama *María*. Poema del Eo. Lleva un epilogo de García Martí, y esta carta.

He leído el libro, y está bien. Sentido, cuidado, amoroso, lleno de esfuerzos y abnegaciones: lírico. El libro está bien, amigo Arias.

El tópico del señorito

Me encuentro por la calle que ya todo el mundo usa el tópico aquel del señorito, inventado por Ortega en un momento crítico para defender que el pueblo se lo llamase a muchos intelectuales.

Veó a auténticos señoritos mientras, toman su aperitivo en la playa o bostezan por los cafés, decir: ¡El señoritismo es una plaga!

Es curioso cómo Ortega—el escritor del antitópico—resulta hoy en España el gran creador de los nuevos tópicos: Señorito, deshumanización, emoción liberal, no hacer el payaso, tenor, etc...

Lo del señorito lo recogió luego Maraño. Luego Asúa. Luego los periodistas. Y así fué extendiéndose hasta llegar hoy a las más vulgares capas de nuestro país. Y digo vulgares y no populares. Porque el único señorito auténtico de España es nuestro pueblo. Y el día que se entere del pretenso insulto, va a pasar algo.

Coja usted a un chófer, a un tipógrafo, a un campesino andaluz, a un vendedor de periódicos, a cualquier ente del pueblo: apenas se le indague un poco, se le rasque, lo que le aparece como sustituto básico de su personalidad, de su ser, es... el señorito: el hombre que ha nacido para no trabajar. Todo lo más para que trabajen los demás. Aparece el anarquista, el aventurero, el heredero de la conquista de América, el greñudo de la guerra de la Independencia, el de la real gana. El señorito. El ser con capacidades de señorito.

Ahora bien; no es esa la clase social española a que Ortega quiso aludir. Sino a esa otra que detenta privilegios que cada vez le corresponden menos, acobardada y falaz como está. A esa clase en la que el Estado y las familias han gastado miles y miles de duros para que los chicos saliesen grandes inventores, grandes ingenieros, grandes empresarios..., pero jamás políticos o diputados como a la postre han salido.

A esa clase social da lo mismo llamarla señorito que señorita. Ya no tiene sexo. Se ha masturbado a sí misma. Y languidece, entre doctores.

Notificaciones sobre Poesía española

UNA NUEVA CRIATURA, SIRENA MIA

Cojo el libro de Pedro Salinas con sumo tacto.
(Fábula y signo) (1).

Como no dudo que Pedro Salinas ha tratado, en este libro, de la redacción de una exactitud, lo someto, como todo anhelado matemático (lógico), a prueba.

Cojo el libro de Pedro Salinas con sumo tacto—como se toma un logaritmo, como se toma un objeto mensurable en física, como se toma una verdad en moral: para su contrastación.

Por tanto, no leo sus poemas. Elijo entre sus problemas. Un libro de poemas, si no tiene problemas es: palabras sin música o música sin palabras. Pero no poemas.

Sucede hoy con la nueva poesía como con la nueva biología.

Antes en biología—cuando casi no existía este nombre, embozado en el pomposo de *Ciencias Naturales*—se estudiaban las especies en serie, clavándolas, secas, con alfileres entre cristales o con estopa en el desgarrado vientre.

Nunca se llegaba a saber, claro es, por ese método, cómo vivía un perro y de qué órganos precisos constaba un pájaro.

Así pasaba en poesía. Se tomaba un libro de versos como se tomaba un calmante para neuralgias: englutido de un tirón, o a sorbos caprichosos.

Yo me imagino al lector de Pedro Salinas que quiera curarse una neuralgia sentimental y se aplique "Fábula y signo" junto a una sien. Sería como si aplicase las leyes físicas de las corrientes inducidas si le doliesen las muelas.

¿Qué es eso de "Fábula y signo"?

Nada dice el poeta sobre su título. Sobre lo que sea eso, que indudablemente es algo, pues ahí está: exacto.

No hay aquello de un pequeño prologo, un breve epílogo, un primer poema que lo explique todo.

No. Ninguna explicación, por parte del libro, del poeta.

Toda explicación: en los poemas—que para eso son poemas: problemas.

Como quien tacha valores, elijo uno, que me estremece más con su claridad, con su oscuridad—al pasar yo sobre él los dedos electromagnéticos de mi selección. Lo aparto. Basta. Para la contrastación, basta. Obtenido el método, podré luego ya operar rápidamente—y con certeza poética—sobre todos los demás poemas: problemas.

Lleva el guarismo número 14. y su signatura es "Radiador y fogata".

Comienzo por leerlo sin entrar dentro. Casi a leerlo caligráficamente. Como se lee cuando se copia. Sin dentro leer. (Para dar mayor precisión a mi tarea, lo copio de verdad):

Radiador y fogata.

Se te ve, calor, se te ve.
Se te ve lo rojo, el salto,
la contorsión, el ay, ay.
Se te ve el alma, la llama.
Salvaje, desmelenado,
frenesí yergues de danza
sobre ese futuro tuyo

que ya te está rodeando,
inevitable, ceniza.
Quemas.
Sólo te puedo tocar
en tu reflejo, en la curva
de plata donde exasperas
en frío
las formas de tu tormento.
Chascas: es que se te escapan
suspiros hacia la muerte.

Pero tú no dices nada
ni nadie te ve, ni alzas
a tu consunción altares
de llama.
Calor sigiloso. Formas
te da una geometría
sin angustia. Paralelos
tubos son tu cuerpo. Nueva
criatura, deliciosa
hija del agua, sirena
callada de los inviernos
que va por los radiadores
sin ruido, tan recatada
que sólo la están sintiendo
con amores verticales,
los donceles cristalinos,
Mercurios, en los termómetros.

Una vez copiado, todo me parece un signo. No he entendido nada.
Pero entonces, preparado mi instrumen-



Salinas con su grande y malogrado amigo Gabriel Miró.

tal, me enfrento. Me deslizo suavemente, suavemente, como a nado bajo el agua, bajo el signo, bajo la dificultad, bajo la matemática, bajo el guarismo, bajo la oscuridad, bajo la cifra... y no tardo en aparecer—en desaparecer—hacia un fondo de luz sin forma, de alba mágica: donde como una niña dormida, Blancaflor en el bosque milenario, está el secreto: la Fábula.

Esa Fogata, en signo, ¿qué era? Una sucesión telegráfica de términos yuxtapuestos, con elipsis telegramáticas.

Calor. . . rojo. . . contorsión. . . llama. . . frenesí. . . ceniza. . . muerte.

Pero esta Fogata ¿qué es—no en signo—sino en Fábula?

Pues es el perenne, eterno Mito del Fuego. El Fuego: tal como lo interpretaron las teogonias arias, y las teologías medievales y los poetas de todos los tiempos. Ninguna novedad—por tanto—de Fábula. Pero, ¡jojo!: es que ese Mito eterno y viejo del Fuego no está empleado ahí, en ese poema número 14—de modo

sustantivo, sino como propedéutica, como sutil mano poética, para llevar a la verdadera Fábula, al nuevo ser lírico, mítico, trascendental, que va a nacer de ese poema: y es ése que bajo el simple signo de "Radiador" descubre, para siempre, eterna y gloriosamente, el poeta.

Calor sigiloso. . . tubos tu cuerpo. . . sirena callada de los inviernos. . . tan recatada. . . sólo percibida por donceles cristalinos. . . Mercurios de los termómetros. . . (Deliciosa hija del agua, nueva criatura).

Sí. Nueva criatura. ¡Una fábula más al mundo! Sabed humanos: que tras el Signo geométrico de vuestro radiador—lo sentais, no lo sabiais—se deslizaba un ser, una fuerza elemental, un sexo cósmico que se enlazaba—junto al balcón—con el otro signo—para vosotros hasta hoy tan sin sexo como el alma del radiador: mercurio de vuestro termómetro.

Ya el P. Lagrange en 1905 hablaba de que toda Mitología, todo fabulario, lo que anhelaba era explicar, en signos, el mundo. No fué otra—nunca—la misión de la poesía.

Al contrario de lo que creía Benier, en 1738, las fábulas no se explican por la historia, sino por la poesía. Religión es poesía. El Varuna ario, padre de las aguas celestes, era el agua paterna del mundo. El Nilo, por dentro del Nilo, como por dentro del radiador de Salinas, navegaban dioses y astros, escondidos, silenciosos, de ahí que la palabra escondido, aplicado al origen del agua manantial, llevase en Egipto un signo: Hapí. Fábula del Nilo: signo Hapí. Signo y Fábula.

Como la sirena del radiador de Salinas, nació en grecoromania la ninfa Egeria. La sentía un roble—doncel del bosque. Nadie lo sabía. Hasta que una vez: ¿quién? ¿Qué poeta transcribió la fábula y nos transmitió el signo Egeria?

Egeria, criatura deliciosa, hija del agua, sirena callada de los bosques pánicos, tan recatada que sólo la acariciaban los dedos de las hojas, que sólo la veían los arroyos atardecidos, que sólo la seguían, fugitivas, nubes blancas con ojos redondos, desde el cielo.

Criatura deliciosa de mi radiador. Termómetro a mi espalda. Helos enlazados. ¡Pero ahora ya os conozco! Y encendido de celos aniquilo—¡pobre!—al herético doncel, termómetro de mi pared. Y entreabro mi ropa, acercándome, acercándome, sigiloso, para que me enlace a mí solo, y mi piel, grado a grado, eleve su tono, su furia, su delicia, mientras mi mano regula el conmutador del agua, que ya no es agua, sino divinidad. Y mi mano no es mano, sino unción votiva; gesto litúrgico.

POESIA CON CIERRE METÁLICO

Era el 28.

Me decía así:

33, rue de Longchamps, París 28 de enero. Y seguía mi nombre. Y un querido amigo. Y luego estas notificaciones: Ya le anuncié este envío de palabra en su reciente viaje a París. Pero para que fuera más completo esperé terminar el número 4 extraordinario de "Poesía". Soy

yo mismo el impresor, el único obrero de mi modesto taller que transporto adonde voy. Me fatiga un poco este duro trabajo, pero todo lo compensan las buenas palabras de los amigos ausentes. El entusiasmo con que me animan. Si recibo también las suyas me alegraría vivamente. Escribame. Y me mandaba un abrazo Manuel Altolaguirre.

No le escribí. No le mandé ninguna palabra de aliento.

Hoy es mitad de agosto.

Manolo Altolaguirre—¿por qué le llamo yo Manolo?—vino un día a mi casa. Casi no me acuerdo. De lo que no me acuerdo es de como es Manolo Altolaguirre.

Vino un día a mi casa. Era una mañana. De esto sé la exactitud. No sabía yo lo que decirle. Como me pasa con todos los que vienen a mi casa.

Gracias a la estratagema de mi balcón. Que se abre y enseña un paisaje de erial, silix, cipreses, fábricas y muertos. Mi intimidad. Casi todos los amigos que vienen a mi casa entran y salen por mi balcón. Que abro y cierro. ¿Qué más desean de mí? No puedo darles más de mí.

A Manolo Altolaguirre le contesté con mi paisaje; basta. Buen entendedor. La mitad de mi ser. Comprendió sin duda.

Luego, llegué una noche en París; llovía, una escalera antigua, noble, con gas, con tonos negros, silenciosa, sombría, acogedora, ¡qué gusto vivir, dormir, un beso, sentarse con un licor, oh! Matilde Pomés... ¡Ah! bonsoir mademoiselle... Sí, sí—me dice Matilde Pomés—; ¿conoce estas señoritas...? ¿Pero a Manolo Altolaguirre sí le conoce?

—Sí; le conozco. No le conocía. Sí le conocía. ¿Y él a mí?

Yo iba con calzón corto de viaje. Me gustaba el calzón corto en aquella escalera de gas, con mademoiselle que no conocía, y con Manolo Altolaguirre que sí, que no, conocía.

Todos me acompañaron al tren. ¡Qué gratitud—traducida en estupidez silenciosa—siento por los que me acompañan al tren! Gracias Matilde. Mi cara inexpresiva se lo dice todo, amiga mía. Créalo. Recibí los cuadernos de "Poesía".

Es mitad de agosto.

He vuelto otra vez de París. Ahora. ¡Pobre Manolo Altolaguirre!

¡Alma de Dios, bendito!—le llamaba Matilde, en ausencia del bendito.

Cerró su metal de imprenta. Huyó de las señoritas—magníficas—que le seguían.

¿Dónde está usted, Manolo Altolaguirre?

Condenado me entierro, me sepulto. Sólo soy ojos ya. No tengo vida.

Sí, Altolaguirre. Mire, Altolaguirre. Si vive: Son cuatro llamas, roja, amarilla, verde, azuliblanca, donde ahora quemo mi recuerdo hacia usted, magnífico ejemplar usted de pureza!

Solo, solo, con sus amigos solo: Lope, Diego, Salinas, Fray Luis, Moreno Villa, San Juan de la Cruz, Aleixandre, Muñoz Rojas, Alberti, Guillen, Hinojosa, Superville, Pomés, y él, el, el, el revistero mágico, el robinson de poesía, el que hizo en su cuarto—enero, 28 de enero—con poesía, lo que hago yo en el mío, medio agosto, con literatura. Querido Altolaguirre: llego tarde, a vivificar el metal de sus letras. Cerradas ya. Pero quizás agradezca usted más este entusiasmo a deshora, y sin propaganda. Lágrimas sobre cadáveres, con almas voladas, inmanentes.

Sus cuadernos de "Poesía", fundidos en París, a solas con usted mismo, están a mi lado; recién leídos; a solas yo conmigo y con ellos. Son su balcón que me ha abierto sin cerrar. El paisaje es cordial de amigos y estrellas claras.

(1) Ediciones Plutarco, 1931.

Sus cuadernos de "Poesía"—gran Altolaguirre—son el último esfuerzo de un gran capitán que se revela en ellos: el capitán de *litoral*—el que ha conducido en quilla azul toda una etapa de poesía hispana—y que, al estrellarse entre rocas y subconciencias, recoge velas, y hace un esquife, solitario, en París, nuevo *litoral* a solas, agonía de un periplo, soberbia aventura... ¡Querido *litoral*!

Altolaguirre, le espero en casa. Cuando guste. Ya no necesitaremos, no ya hablar, saludarnos. Sólo recordar navegaciones transidas. En silencio. Mirando al *litoral* de mi llanura.

COSSIO, JOSE MARIA COSSIO

Conviene siempre que se pronuncie la palabra Cossío en España, rectificar, puntualizar, señalar. Cossío es un nombre plural, que vale para muchos usos en nuestra intelectualidad presente. Desde mujer hasta presidente de República.

El Cossío que lleva prenombre de José María, no es ni mujer inteligente ni presidente de República. José María, es el Cossío que ha salido por la culata al nombre un poco puritano, protestante y anglosajón de los Cossío. José María es un ser grueso y antigimnástico.

Un fruidor de literatura—un erudito—sea un antiprofesor. José María es amante de la cosa sensual y magnífica del catolicismo. José María es torero por los cuatro costados. Y bebedor de vino. Esto es: un verdadero hereje del cosmismo.

Es un moro estupendo.

Cuando le veo con sus gafas sobre sus prietos ojos, ojos que chascan de luz, pintados con charol, y veo su sonrisa fina y gozadora y su catadura abacial, y su progenie andaluza—pego un salto a los mejores tiempos de Sevilla, de la Córdoba del XVII; de la Sevilla, de la Córdoba, del Califato. Es una musa la de José María que huele a perfume lento y denso de magnolia.

Una musa olvidada del tiempo. Sin categoría temporal. O sea dentro de la gran tradición española de gozadores de la vida, de la poesía.

José María es el hombre que se ha bebido la poesía de sus amigos castellanoandaluces, con esos traguitos de lengua chascada, en cañas de oro, de catador.

Todo el grupo le quiere, como se quiere a un barril de solera. Todos pensábamos: el día que este hombre abra la espita, que me avisen.

La espita acaba de abrirla largamente. Tengo dos libros suyos empujados hasta el codo.

Soy lo suficientemente castellano—nervioso—para que mi paladeo no sea lo suficientemente sutil y omnípar—y busque en seguida líneas maestras de saporidades. Me gusta beber desde el caballo, mirando a lo lejos. No acierto bien a tragar tumbado en cojines, sentado en banquetas.

Es una fatalidad para constituir un perfecto lector de José María.

Su edición de las "Obras escogidas de Salvador Jacinto Polo de Medina" me ha parecido de las más cuidadas y queridas que posee la colección de "Los Clásicos Olvidados", de Ciap.

El prólogo está multipartido en sorbos. Bebiendo—no resolviendo—las dificultades. Resistiendo el mareo de la documentación, hasta la última copa.

José María nos convence de que el murciano Salvador Jacinto es un amigo suyo. Y de Alberti, Salinas, Bergamín. Lo es nuestro. Ese verso, que copio, lo hace amigo de mí, de usted, de vosotros también, amigos sin corro.

Era, en fin, de cristal belleza tanta... Pues no monda cristales la garganta, porque tiene la tal de bienes tales

hasta tente-garganta de cristales; mas al contrario su boquilla es poca... (Vamos con tiento en esto de la boca, que hay notables peligros carmesíes y podré tropezar en los rubies, epítetos crueles); ¡qué cosquillas me hacen los claveles! Porque a pedir de boca le venían; mas claveles no son los que solían, y en los labios de antaño no hay claveles hogaño...

Y nos hace felicitar a Cossío (José María) de haber salvado de la telaraña esa botella nectarada.

Pero donde encuentro yo fruición y delirio, no es en el salvamento naufrágico de Salvador Jacinto. Sino en la salvación—para gloria de España—de lo que Toros y Poesía han ayuntado.

Porque el otro libro de José María es nada menos que este título: *Los Toros*, en la poesía castellana. Tomo I. (Estudio.)

Sabida es mi pasión por esta modalidad hispánica del taurinismo, donde yo he creído encontrar, no ya fuentes de placer y de tragedias, sino todo un sistema religioso de nuestro pueblo.

De nuestro pueblo, España; único guardador, con su culto al toro, de la más pura tradición aria, de la más exquisita herencia griega, antigua, europea. Gracias a los toros, es España europea; pero de un europeísmo de oro, fino, aristárquico. Por tanto: antieuropeo, antimoderno, vuelta de espaldas a esa zona cruel y plebeya del continente que se llama Europa—antonomásticamente—desde la Reforma.

Yo he escrito ya sobre esto. Ignoro si el especialista Cossío (José María) tiene archivados mis datos. Lo celebraría, no por simple vanidad, sino por simple verdad pasional, por ansia objetiva de justicia en honor a nuestro Santo Toro.

Dejo este libro de José María para ocasión más larga.

Mi caballo se impacienta. Debo proseguir el camino. Querido José María, hay que dejar ensanche delante del caballo, al resto de Castilla.

EXAMENES, SIN NOTAS

El barrio de Santa Cruz.

En la nueva litografía jerezana.

Itinerario lírico.

Prólogo de S. y J. Alvarez Quintero.

Dibujos y litografías de Teodoro N. Miciano.

Con todos estos datos, y el de llamarme en la dedicatoria Enrique, deben ustedes saber que el autor de *El barrio de Santa Cruz* es don José M.^a Peman y Peman.

En *l'Age d'Or*, de Buñuel y Dalí, hay un personaje—un terrible y enfermo capitán de bandidos, que de pronto grita: *El Peman? Helo aquí Peman*, generoso bandolero.

Peman ama el barrio judío de Santa Cruz en Sevilla. Sin esperanza. *Todo el barrio es una niña, con un beso a flor de labios, que no lo acaba de dar.*

La solución de este beso sería, aquella de la misma *Age d'Or*: echarse encima de la niña y violarla.

Como hace aquel caballero a quien el país le creía el rey de la beneficencia pública, y resultó ser un impulsivo, antisocial. Violarla. En poesía y en amor, no hay más: violación.

El crisol del alquimista.

Yo sabía que Antonio Rey Soto, era o había sido cura. Gallego. Viajero en Cuba. Y poeta.

Me constaba que tenía vena lírica.

Lo que no sabía, era cómo era el que era todas esas cosas.

La otra tarde estaba un señor dedicando unos libros. De pronto, me ofrece uno: *El crisol del alquimista*. Así conocí a Rey Soto.

He leído su *Crisol*, que no es precisamente el de Félix Lorenzo. Salvo en este verso periodístico, verdadedra *Charla al Crisol*:

MANUEL SEGURA (I)

(EPITAFIO)

Amó a una dama: Castilla.
Desbravó un potro: Pegaso.
Leyó un poeta: Zorrilla.
Vivió como Alonso Ercilla.
Murió como Garcilaso.

(I) Periodista y capitán de infantería, natural de Granada. Murió en África en el Hospital del Buen Acuerdo, de Imarufen, en diciembre de 1911, a consecuencia de las numerosas heridas recibidas la noche del 6 al 7 de octubre del mismo año en el encarnizado combate de las lomas de Iratuata. Se publicó, para enaltecer su memoria, "El Alma del Soldado", libro en que apareció por primera vez este epitafio.

Creo que Antonio Rey Soto merece la fama grande que tiene entre la colonia gallega, cubana, y en su público general español. Pertenece a una escuela poética: esa. Que no es esta. Ni aquella. Yo soy ecuaníme. Sé andar a caballo por esa, esta y aquella. Sé agradecer la benevolente ofrenda del *Crisol* y tender amigo la mano a su lírico redactor.

El Romancero del Pueblo.

Yo conocí a Balbontín, extasiado ante Balbontín. Tenía yo siete años. El era ya un mayor, y nos recitaba al colegio, entre monjas y curitas, versos inspiradísimo a la Virgen. Después de oírle en el colegio de las monjas, me le encontré un día leyendo el *A B C*. Balbontín, después de la Virgen, cantó la *Mantilla española*, siempre con merecido premio.

Después cantó el Socialismo. Después tuvo amores y se casó. Ahora creo que canta el Comunismo.

Indudablemente, Balbontín ha nacido para cantar. Por eso no ha podido entrar en el Parlamento.

Pues en este Parlamento no es posible el tenor. Hace bien en sentirse jabalí, y enseñar desde su frutería o desde la cárcel, los colmillos, afilados y líricos, a Ortega.

Mar sin mar. Horizontes y Rutas.

Me gustan estos poetas castellanos. Como Francisco Martín y Gómez, de Segovia. Como Pedro Luis Lepine, de Logroño.

Respiran modestia, sencillez, sinceridad. Martín y Gómez, mayor maestría, más fina, certera orientación. Lepine, más ingenua marcha.

Sus libros son libros que no levantan ensayos solemnes en los periódicos. No les harán embajadores como hicieron al autor del *Sendero innumerable que llevaba a Londres*.

Pero tienen, en cambio, verdad. Lepine trae su retrato en la cubierta atroz. Es una cara cejiespesa y tímida.

Martín y Gómez no sé cómo es. ¿Le conocí en Segovia? Quizá. Quizá es una gota del *Manantial*, aquél del que todos bebimos, y que ninguno—yo—olvidamos.

UNA CARTA DEL DIVINO HERRERA

Querido José Emilio Herrera: He recibido tu apreciable carta sobre poesía en 1931, que admiro y congratulo, como todas tus cartas con, sin o sobre poesía. Al volver de mi largo viaje me la he encontrado

escondida en un sobre, una carta tan pública, tan de carrera, como es ésa. En este momento no se me ocurre otra cosa que transcribirla sin comentarios, seguro que los comentarios se los pondrá Alberti, ya que Lorca no quiere nada contigo, por pertenecer a esa *efebocracia* que está creando Fernando de los Ríos. Ahí va tu carta con un adiós, apreciable mío.

I

Nadie debe ignorar lo que es el espectáculo salido.

Todo el mundo sabe lo que es eso aplicado a la literatura.

Allá en la viuda anual que en 1850 correspondió a Rusia, florecieron dos o tres genios del antiespectáculo—teatral—decorativo y repetido, que era antes la "puta" literaria, estos honestos genios no comprendidos por Alberti ni por mucha gente dejan pasar la olla podrida que tienen dentro a ladridos, y por eso hacen esa obra robusta y que solitaria ha derrocado a Italia y todos sus pedantes.

No importa ahora que yo señale quiénes son esos salados; han sido designados, y yo los señalo como de pasada, Dostoiewski y otros dos; muchos, no. Sencillez, y a España le toca la viuda ahora que ha de levantarse sola y sudando con el calor que hace en mayo aquí.

Quiero decir que nada de establecerse y repetir en poesía y nada de crearse ambiente ni deshacerse en frases ni figurarse ejemplos tétrico-teatrales que España no siente.

¿Mi dueño está malo? Pues dejarle que sude en cama bien arropado, que no por eso hay que salirse con "La sentina inundada de azafrán", ni "Esa encantadora liebre que se oculta todos los amaneceres".

España, no, y la roña rusa que intranquiliza nos ha levantado.

II

Cuanto más es España que Rusia y cuánto más tiene por hacer y por crear y establecer en Alcázar de San Juan, en El Pedernoso, en Vitanda, cuánto más tiene de cocha sencilla y de genio risueño y comprimido de siglos, que le ha llegado ahora el momento, que no todo ese vistoso ruso. España es mejor, y con graves fagotes aún no ha sido descubierta todo lo que es elegante.

Que creo Góngora, Hita, sólo leídos por necios e ignorados por capellanes falsos, todos sus timadores, Gerardos, Diegos y compañía, que se han dejado lo principal por escribir.

Están completamente desorientados, y siento decirlo: cada uno va a la ruina.

Entretanto, como España no come se levanta.

Aquí hace falta hacer un mapa.

En contra de la rabia hoy ya no se escribe.

Creo que el ejemplo ruso nos ha de servir para mucho.

La poesía española es un tesoro.

Ha habido hombres que han tenido su significación en un momento, pero que hoy van dejando de existir.

El hombre debe saberse en qué época del mundo vive.

El puñado tiene su razón para existir, pues no olvidarse de eso ni del Dios del cielo, que para lágrimas bastantes hay ya. A hacer el cochino y a establecer la cardinal alegría española.

III

Cuando decimos que la Mancha es una gran extensión, es porque está limitada al Norte por las Batuecas, al Este por el Tintero, al Sur por el Hambre Gaditana y al Oeste por Nada. ¡España, que esta tierra tiene que levantarse, que hay que crecer y asirse en grietas, y, sobre todo, que hay que meditar mucho sobre los ríos!

Digo todo esto para que el gran cielo que nos cubre se comprenda que todo queda tranquilo, que aquí no ha pasado nada y a trabajar todo el mundo. No he dicho nada.

La Mancha, el Hombre, el Matrimonio tienen la palabra de nuestro idioma.

José EMILIO HERRERA

¿Estás complacido, apreciable amigo? Yo, sí.

Declaraciones sobre novelas y otros libros

Chapela, novelista paternal

Esteban Salazar y Chapela ha parido un *pero sin hijos* de un golpe, en parto feliz. Está esperando el bautizo. Y todos asistiremos a ver si le ponen un nombre de pila a su novela. Un nombre aunque sea de pilón.

Salazar, padre de la criatura, quiere que el nombre sea el de una frase de su coyunda, heroína de la novela "Pero sin hijos".

A muchos de los del bateo les pare-



E. Salazar y Chapela, por J. Salazar y Chapela

cerá incongruente este capricho, pero todos los caprichos son incongruentes, porque si no, no serían caprichos.

Salazar y Chapela no se ha revelado como escritor en su *Pero sin hijos*. Ya había parido antes y con felicidad. Pero en este gran nene de novela ha destacado su vigor paternal.

La criatura se parece a muchos de la familia. Tiene discontinuidades en la cara. Saltos bruscos. Sorpresas inexplicables en sus modos de reír, de pedir de comer, de llorar y de hacer pis. Recuerda en el mirar de ojos a Ortega y Gasset.

Recuerda en el modo de articular palabras a Pío Baroja.

Lo que más me gusta de *Pero sin hijos*, es la jeta malagueña, salada y descarada, que sale toda a su padre.

¡Una copita y un bizcocho, vamos, ánimo, querido Salazar y Chapela!

"El Volga", de Juan Andrade

Juan Andrade es el director de Hoy. De Ediciones Hoy. Ya le conocen ustedes. Desde el Ateneo. Un larguirucho de tipo eslavo, de tipo enfermo, pero más levantisco que todos los demonios. Siempre le dió por leer cosas extranjeras (recuerden las panzadas de teatro francés moderno que se daba en el Ateneo). El morbo ruso le entró con más fuerza que ningún otro morbo. Suponiendo que lo ruso sea un morbo. Se sabe Andrade todos los nombres en *off*, en *eu*, en *ak*, en *ek*, del mapa literario y político ruso.

A veces me lo encuentro, erguido y seguro de sí, pálido y sarcástico. Como un buen ruso de Madrid. Me gusta verle incomodarse.

—Andrade—le digo—, he leído ese novelón de Boris Pilniak, *El Volga des-*

emboca en el Mar Caspio. Es aburridete.

—¡Cómo! ¡Novelón y aburrido! —(Me pone de vuelta y media. Me desprecia. Escupe en el suelo.)

—Hombre—le respondo yo tranquilamente—, ya sé que Radek ha dicho de ese libro esto y esto y esto. Pero, chico, Pilniak resulta, al fin de cuentas, tan aburrido como Gladkov, como Dostoyevski, como Tolstoi y como todos los rusos.

(Andrade se contiene para no decirme algo grueso.)

—El único defecto—termino yo—que veo en Pilniak es el que veo en toda la literatura y música rusa. Y en toda la política y la vida rusa. Que de pronto se ponen a cantar a misa. A gemir cristianamente. A no importarle nada de la vida más que sus miserias y su nada. Y seamos sinceros: Esto, al cabo de los años, va resultando ya aburrido.

Manuel Chaves, otro rusófilo

El único modo de no hacer demasiada atrocidad lo ruso es contar cosas de los rusos, interrumpiéndoles a ellos en sus narraciones. Es lo que ha hecho Manuel Chaves y Nogales, director de *Ahora*, gran rusófilo, que tras contar al gran público de papel de Prensa las aventuras, hechos, milagros y tragedias de Nicolás II, del Jarevitch Alexis, del gran duque Cirilo, y el gran duque Boris, y otros y otros restos, lo ha reunido en un sugestivo volumen de la Editorial Estampa, ilustrándolo de huecograbado, que ha cen más atrayente la relación llena de amenidad y talento de Manuel Chaves y Nogales.

"Marcha atrás"

Samuel Ros, en *Marcha atrás*, hace una marcha adelante. En estilo, en dirección, en gracia y elementos nuevos de narración.

Ros es un barroco, humorista, brillante, ágil, audaz, terco, provocativo y sensible.

Desde *Bazar* se le vió avanzar cargado de tapices y joyas raras.

El ventrílocuo y la muda fué una revelación de poder literario. Ahora esta colección de cuentos *Marcha atrás* afirma un joven valor en el camino de la maestría.

He aquí el índice de sus temas:

Marcha atrás. Aquel papel. El sacristán. El impertinente. Segunda edición. El cartero. El misántropo. El relop asesino. La novia del escultor. El limpiabotas. El grano. Por qué estudiaba Magdalénita. Otro capítulo de folletín. La pobre Catalina. El peluquero. Casa Kodak, material fotográfico. El niño pelón. El guardia civil. Teatro de la revolución. Sus flores. La cajera. Más que fotografía. No juego. Artículos de saldo.

Un libro de José Canalejas

Este libro se llama *La política liberal de España*.

Es un libro muy filial. Hecho con cariño. Habla de muchas cosas. De todas éstas:

Marruecos: influencia del problema de Marruecos en el planteamiento de la política radical. Por qué avanzamos. La campaña del Rif. La acción política. Preparando el porvenir. El Tratado con Francia. Las negociaciones. El protectorado. La zona española. Régimen de Tánger. La situación económica. El presupuesto extraordinario. Nuevas orientaciones. El orden público. Métodos de gobierno. Hojas conservadoras. Labor



Samuel Ros.

militar. El gobierno y las huelgas. Espíritu revolucionario. Reformas del gobierno. Intervención ministerial. Siempre amenazando. Huelga ferroviaria. Las represiones.

Canalejas vive obsesionado por la gran figura de su padre.

¡Lástima que esa figura telequímica no le empuje a ser otra cosa que liberal, más liberal, menos liberal, pero algo distinto ya que liberal!

La suegra de Tarquino

Joaquín Belda dice al final de su novela: *Se acaba la novela ¡Gracias a Dios!*

Es seguro que si a él le ha aburrido escribirla o le ha costado trabajo escribirla, al lector no le cuesta el leerla.

Hablaré un día largamente de la gravedad literaria de Joaquín Belda.

"La buena causa", de Brunet

Jaime Brunet es un vasco que se dedica a labores muy distintas y opuestas a las de escribir novelas.

Sin embargo, escribe novelas. No por casualidad. Sin duda por vocación.

La buena causa es una larga novela de ambiente marino y ajetreado, que está bien.

COMUNICADO A LOS EDITORES ESPAÑOLES

La Exposición del Libro Español en Bucarest

Antecedentes.—A raíz de la vuelta de mi primera misión en los países bálticos cerca de los sefardíes, a fines del año 29, se recibió en Estado una comunicación de la Sociedad Amigos de España, en Bucarest, cursada por nuestro ministro entonces allí señor Cárdenas, en que se solicitaba—honrosamente para mí—mi vuelta a Rumania con objeto de dar unas conferencias patrocinadas por dicha Sociedad hispánica.

Habiéndose celebrado en el año 30 una Exposición del Libro español en Praga, con relativo éxito, y habiendo sido yo organizador y colaborador de Exposiciones similares—como las del Libro catalán, portugués y alemán, en Madrid—tuve el honor de sugerir que mi visita conferencial a Bucarest podía muy bien ir encuadrada a la apertura de una Exposición de nuestro libro nacional. No tanto porque nuestro libro apareciese en una muestra más de Europa, sino porque esa muestra en Bucarest podría ser el principio de una nueva etapa de "relaciones culturales" entre los sefardíes y España. Tras el esfuerzo hecho por nuestro Estado de dotar de profesores de español a centros como Bucarest, Sofía y Salónica, valía la pena de iniciar esa etapa complementaria del "instrumental de cultura" que—junto al "agente de cultura"—, que era el profesor, podía significar el libro. Mi propuesta—aunque no oficial, sino oficiosamente—fué tenida en atenta consideración. Y yo quedé en la tarea de organizar dicha Exposición. Siempre—bien entendido—que al Estado no le costase nada.

Primeros trabajos, primeras dificultades.—Para lograr nuestro objetivo rápida y económicamente, resultaba lo más lógico combinar—cerca de los editores españoles que habían concurrido a la Exposición de Praga—el que una vez terminada ésta en la primavera del 30, ordenasen la expedición de los

volúmenes sobrantes a Bucarest, de modo que con poco esfuerzo y gasto pudiesen reponer o vender y abrir de nuevo la Exposición en Bucarest en el de octubre próximo. Así lo acordamos entre algunos editores, los más importantes y yo.

Pero entonces surgieron dos grandes dificultades. La primera: que los libros de la Exposición de Praga resultaban irrecuperables. Por más presiones que hicimos en Madrid cerca del ministro de Checoslovaquia señor Kibal, y por más reclamaciones que directamente se hacían allá por los editores, el caso es que los libros no podían ser trasladados a Bucarest. Y creo—que—esta fecha ni siquiera a Madrid.

La segunda: que nuestro ilustre y admirable representante durante varios años en Rumania, señor Cárdenas, organizador fundamental de la Sociedad de Amigos de España en Bucarest—patrocinadora de la posible Exposición—, iba a ser trasladado el mes de octubre al Japón.

De modo que nuestro objetivo se encontraba—a principios de verano de 1930—sin los dos apoyos básicos: a) los libros de Praga, y b) la asistencia de nuestro más capital agente en Bucarest, el ministro señor Cárdenas.

Hubo, por tanto, que tomar otro camino y desviarnos del plan inicial, rápido y económico.

Segundo planeamiento, segundas dificultades.—Vista ya a principios del verano pasado la imposibilidad de contar con Praga y con Cárdenas, reuní lo más rápida y numerosamente que permitía la estación estival a algunos editores madrileños en la misma Legación de Rumania, con asistencia del secretario de la Sociedad de Amigos de España, señor Helfant, entonces agregado comercial en Madrid. A los restantes editores no asistentes fui visitando uno por uno, para

conviniere en los acuerdos que había tomado en la Legación rumana.

Estos acuerdos consistían en prescindir de volúmenes de Praga y en enviar otros nuevos, directamente a Bucarest. Todos aceptaron, en principio. Pero con una aceptación reservada, muy comprensible.

Si, muy comprensible. Se habla, en general, de que el editor español es sordido y de audacia en la conquista de mercados. Pero eso no es apenas cierto. Al contrario, en estos últimos años el editor español se ha caracterizado por un impulso generoso que casi podrá llamarse romántico. Por ejemplo, en el caso de las Exposiciones.

Ha ocurrido, que los editores mandaron libros, sus mejores ejemplares, a Exposiciones como la de Filadelfia, Praga, Lieja y otras, otros puntos, sin apenas una garantía seria de venta o recuperación.

El anuncio de una nueva Exposición en los Balcanes tenía que sobrecogerles desorientados y sin ningún entusiasmo. Sin embargo, la aceptaron, en principio, y comenzaron algunos, los más modestos, desde fines de agosto a remitir ejemplares a nuestra Legación de Bucarest.

Al tiempo mismo que obtenía de los editores madrileños su anuencia para el envío de ejemplares directos a Bucarest, procuré entrevistarme con el nuevo ministro que España había nombrado en Rumania, señor marqués de Ayzinena. Residente en San Sebastián, aproveché un desplazamiento mío a esa ciudad para poner al nuevo ministro al tanto de los antecedentes y solicitar cálidamente su cooperación para la tarea hispánica que emprendíamos.

Porque, en cuentas resumidas, se trataba de inaugurar en el otoño de 1930 nuestras exposiciones culturales "con Rumania", nada más que con un profesor español en la Universidad, una Exposición del Libro español en los salones del *Universul*, el mejor periódico rumano, y una serie de conferencias, iniciadas por mí, venido de España exclusivamente a eso, podían ser proseguidas por profesores y otras personalidades de la vida intelectual y artística de Rumania.

El señor marqués de Ayzinena mostró un gran entusiasmo y decisión de debutar en el puesto de Bucarest con tan excelentes tareas patrióticas.

A este efecto le presenté al señor Helmer, rumano citado; al profesor de español en Bucarest, y al secretario nuevo de su Legación, señor conde de Foxá, notable escritor y bibliófilo, que ayudaría mucho a los trabajos preparatorios.

Llegado en el mes de noviembre a su destino el señor Ayzinena, se vió obligado ante todo a tomar los contactos primordiales con el medio rumano, y a resolver dificultades de inmediata urgencia para la Legación, quedando la Exposición diferida involuntariamente.

Por otra parte, el señor Ayzinena se lamentaba de que los envíos realizados por los editores españoles no eran grandes ni valiosos. Tenía abundante razón nuestro ministro. Los envíos eran escasos y vulgares. Daba el dolor presentarnos, sobre todo, tras las reñitísimas y magníficas Exposiciones del Libro francés y del Libro alemán en la "Carta Romaneasca", de Bucarest, apoyadas solemnemente por los Gobiernos respectivos. Nuestro ministro se había ido formando la idea negativa de la Exposición y había perdido el entusiasmo.

Para subvenir a tales nuevas dificultades, envié cerca de los mejores editores y cerca del mismo Ayzinena.

En efecto, hacia el mes de marzo, las medidas editoriales de Madrid se decidieron a la vez selectas. Gracias a la propaganda y asistencia que encontramos en la Cámara Oficial del Libro de Madrid, y en especial en su culto presidente el Sr. Ruiz Castillo.

Hice un viaje a Barcelona, y allí la Cámara del Libro se prestó gustosísima a ayudarnos cerca de los editores catalanes. En cuanto al Sr. Ayzinena, logré fortalecer la convicción de que la Exposición en Bucarest no tenía por qué rivalizar con la francesa y alemana; que era más bien una "Feria" ocasional del Libro español, puesta al servicio de nuestras relaciones con los sefardíes y con la pequeña colonia de hispano-romanos, y que—más que un fin de reclamo político internacional—tal Feria debería tener un carácter circunscrito y específico, casi puramente comercial, ya que en las Cámaras del Libro, los editores españoles, quienes subvienen a los gastos, y no el Estado, pues sólo prestaba un concurso ocasional. Así las cosas, y proyectada la Feria para el mes de mayo, ocurre el adve-

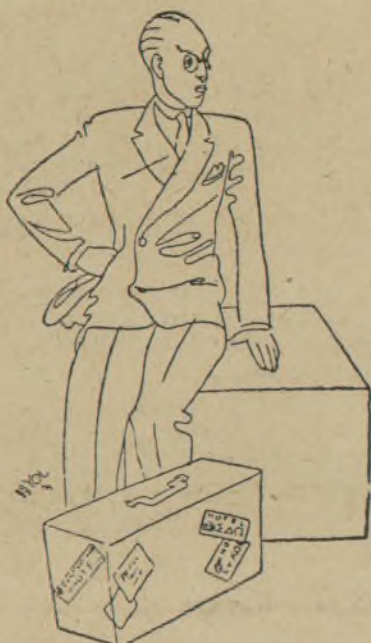
nimiento de la República el mes de abril, y con tal suceso nuevas dificultades a nuestra Exposición. En efecto: el marqués de Ayzinena dimite de su cargo y la Legación queda nuevamente ausente de los libros que tenía en custodia en uno de sus sótanos.

Me esforcé en cartas dirigidas al lector Sr. Correa Calderón en remediar entre los dos la tarea, cosa que no era fácil, prescindir de un decidido apoyo oficial y consciente.

El encargado de Negocios de Constanza, Sr. Ferrer y Sicart, al posesionarse interinamente de la Legación, comunicó telegráficamente al Ministerio que la Exposición era imposible en el mes de mayo y que yo renunciase por el momento a mi visita y conferencias. Así las cosas, ese Ministerio, tras nuevas consultas telegráficas, decidió sin embargo mi traslado "sur place", con el objeto de determinar de visu las posibilidades de dicha Exposición y poder responder al editor español sobre la suerte de sus envíos. Asimismo podría aprovechar la ocasión para cumplimentar la invitación de la Sociedad de Amigos de España y ofrecerle mis conferencias.

Mi labor en Bucarest: 1) *Exposición del Libro.*—La primera decena de junio la pasé en Bucarest.

Mi primer cuidado fué ponerme a la dis-



Robinson y sus maletas.

posición oficial del señor encargado de Negocios, cambiando con él las primeras impresiones.

Los libros estaban depositados en una estancia del sótano de la Legación de España, a cubierto y en seguridad.

Se me informó que habían sido clasificados por materias por el lector Sr. Correa Calderón, con el cual quise verificar esta clasificación, constatando la falta de algunos volúmenes que aparecían en las notas de envío y luego no aparecieron en los paquetes, sin duda por error en el embalaje inicial. De las pocas existentes tomamos buena nota para pasarla a las casas respectivas y subsanarlas.

Quedaba por determinar dónde sería posible la verificación de la Feria, para cuando se inaugurase en el mes de octubre, ya que antes de esa fecha era absolutamente imposible por las razones siguientes: a) período electoral rumano del mes de junio; b) desplazamiento estival de la élite de Bucarest en julio-agosto-septiembre; c) ausencia de un ministro de España con carácter fijo y permanente; d) escasez de volúmenes cuyo total había que completar con la todavía posible restitución de Praga. Juntamente con el señor encargado de Negocios, el vicecónsul Sr. Beneyto y el lector Sr. Correa, comencé una serie de visitas a los más distinguidos miembros de la Sociedad de Amigos de España, para agradecerles personalmente su invitación y su interés por nuestro país.

Por uno de estos miembros, el director del *Universul*, me fué preparada una entrevista con el presidente del Consejo Sr. Jorga, con el cual me entretuve cerca de una hora, ya que es un excelente conocedor de nuestro país y conserva altas amistades como la del Sr. Menéndez Pidal, de quien le portaba una carta. El interés de esta visita estuvo en mi abordamiento de la cuestión de dar "oficialidad universitaria" a la enseñanza del español en Rumania, ya que otra cosa de orden económico no pudiera la Universidad ofrecer al esfuerzo de España.

El presidente Jorga me contestó con firmeza promesa respecto a Bucarest, salvo lo

que dispusiera la misma Universidad, pues en breves días iba a concederse la plena autonomía universitaria.

Respecto a la Exposición del Libro se complació muchísimo y puso a nuestra disposición su ayuda y colaboración.

También visité al profesor Oprescu, amigo y conocedor de España y relacionado entre otras personalidades hispánicas con la del Sr. Castillejo, de quien le portaba asimismo una carta. El profesor Oprescu, que goza un altísimo prestigio internacional, puso también su colaboración a disposición nuestra, extremando sus gentilezas conmigo y haciéndome conocer la vida universitaria rumana en el círculo profesoral de Bucarest.

En general, todos estos amigos de España eran de parecer de celebrar con todo honor la Exposición, bien en la Fundación Carol, bien en los salones del periódico *Universul*.

Pero para tal solemnidad se oponen dos cosas: a) la escasa brillantez de nuestros envíos, y b) cierta tendencia antisemítica de esos locales.

Para examinar la eventualidad de una simple Exposición en la sala de la comunidad sefardí, llevé a mi conferencia sobre el "Libro Español" que allí profesé, una pequeña muestra de libros, constatando que, si bien les hizo una gran impresión a los espectadores sefardíes, que se abalanzaron sobre ellos, unos queriéndolos comprar y otros llevárselos consigo, no era el lugar apropiado, por su escasa capacidad, su apartamiento de las vías centrales y la no asistencia total de los sefardíes bucarestinos a dicha comunidad. Quedaba una última inspección: la de las librerías centrales de la ciudad. Hay dos: una rumana, la "Carta Romaneasca". Otra sefardí, la de "Alcalai". Ambas están frente por frente. La más importante es sin duda la "Carta Romaneasca", siendo uno de sus socios un excelente e importante amigo de España, Mr. Pillat. El cual me acompañó a visitar al director de ella.

Esta librería tiene las siguientes ventajas para una Exposición del Libro Español, sobre todo con el carácter de Feria comercial que la queríamos; son: a) poseer un excelente salón de exposiciones librerías, o sea, con vitrinas y personal técnico, gratis, y b) haber albergado ya las exposiciones del Libro Francés y Alemán y tener por tanto una tradición y una clientela.

El único inconveniente sería el de suscitar cierto alejamiento del sefardí, por su carácter netamente rumano.

Ese inconveniente podría subsanarse de dos modos: o albergando la Exposición en la Librería de enfrente, en la de "Alcalai", o nombrando desde este mismo verano, un corredor o comisionista sefardí, el Sr. Penhas, librero modesto que iría tanteando la clientela sefardita posible y la conduciría al local de la Exposición a su debido tiempo, fuese este local el que fuese.

Tales son todas las posibilidades del local para la Exposición y conviene mucho que estas observaciones mías las tenga en cuenta el señor ministro que acuda ahora a Bucarest.

De todos modos, nuestro vicecónsul señor Beneyto, así como el lector Sr. Correa, son conocedores de ellas.

Es más: el Sr. Beneyto, excelentísimo representante de la España comercial y ahora en los Balcanes, no tendría inconveniente en abrir mercado al libro español, como lo ha abierto a otros productos nuestros.

A ese fin—en su próxima venida a España—hemos de ponerle en contacto con las Cámaras Oficiales del Libro.

En resumen:

1. Inauguración: sobre el 20 de octubre. Clausura: sobre el 10 al 15 de noviembre.

2. Patrocinamiento: la Sociedad Amigos de España. Y un Patronato Español que debe nombrarse.

3. Agente preparador eficiente: el lector de Español, que debería presentarse unos veinte días antes para redactar el catálogo, clasificar los libros, verificar los envíos y organizar las conferencias y asuntos, servicios y pormenores que ofrece la Exposición.

4. Rescate de los libros de Praga: es urgente que el Ministerio obtenga cerca de nuestro ministro de Praga el reexpido a Bucarest y a nuestra Legación, de los libros sobrantes de la Exposición checoslovaca. Asimismo debe reiterar este interés al ministro Sr. Kybal en Madrid.

5. Local: a mi parecer, el mayor conjunto de éxito lo obtiene la "Carta Romaneasca", esa librería especializada. Siempre que los sefardíes sean cultivados, particu-

larmente, a domicilio, por un buen comisionista como parece ser el Sr. Penhas.

6. Conferencias: debe organizarse una serie de conferencias breves. Veinte minutos sobre aspectos del libro y la civilización española en el mismo local.

Contamos, aparte las personas españolas que designe ese Ministerio, las siguientes rumanas: el presidente Jorga, el profesor Oprescu, Mr. Pillat, el director del *Universul*, madame Gafenko y otras importantes que en su día se fijarán.

7. Auxilio del Estado: España podría muy bien contribuir a esta muestra cultural y política, con auxilio económico que pudiera concretarse en dos aspectos: 1.º Viaje de un conferenciante inaugural de España. 2.º Algún fondo de gastos para la Legación. O bien que la Legación dispusiera de algún fondo suyo para tales gastos.

Mi labor en Bucarest: 2) *Conferencias y propaganda española.*

Los recortes de prensa que envié al Ministerio, aunque no completos, pueden dar una aproximada idea de mi labor en este aspecto.

Sólo el hecho de la numerosa atención con que la prensa rumana acogió mi estancia y actividad en Bucarest constituyó por sí una excelente propaganda española, si se tiene en cuenta que, en caso análogo y reciente, con la visita y conferencias del director de *L'italia Letteraria* de Roma, fué parca y sacónica, no obstante la gran influencia que Italia ejerce allí ahora.

La prensa rumana me siguió en mis visitas, en mis conversaciones, en mis conferencias y en los banquetes con que me agasajaron, primero, el director del *Universul*, y después la Legación de España.

No sólo fué la prensa quien se preocupó de mis pasos españoles.

Como dato curioso he de informar que el presidente Jorga, así como el resto de los personajes políticos rumanos, que aveciné, me rogaron encarecidamente desviar mis conferencias sobre España de toda actualidad política.

Luego supe, antes de marcharme, que el rey Carol había puesto a mi disposición un ayudante en paisano, para seguir mis pasos conferenciales.

Posibilidades

Los Balcanes de Occidente.

—¿Qué tal esa Península balcánica del Oriente europeo?—me preguntan.

—Muy española. Por eso me atrae tanto; me obsesiona tanto, como un espejo.

—¿Y España?

—Quizá dentro de poco hablen las Potencias europeas de los "Balcanes de Occidente".—Mientras afilan sus sables sus diplomáticos y sus empréstitos...

El Marruecos francés puede pronto empezar en los Pirineos.

No es por el empréstito de Francia llevándose nuestro oro; no es por las reiteradas conversaciones de nuestro López Ferrer con el Alto Comisario de la Zona francesa africana marroquí; no es por el peligroso agradecimiento de nuestro actual Gobierno por sus protectores de París en el destierro; no es por estas idas y venidas de agentes de Francia, a lo Blum, a lo Auriol; no es por la gran cantidad de turistas franceses que se van viendo por las carreteras españolas; no es...; ¿pero si no es por eso por qué es?

Qué sabemos... Podría llegar de pronto una guerra y empezar un día—no "el Africa en los Pirineos", como creían los del siglo XVIII—sino el "Marruecos francés en los Pirineos", como van temiendo los ingleses, los alemanes, los italianos, los rusos y algunos españoles.

LA CORRESPONDENCIA PARA

El Robinson Literario de España

DIRIGIRSE A CANARIAS, 41



OBRAS ESCOGIDAS DE
SALVADOR JACINTO POLO DE MEDINA

Agonía del cristianismo

por Miguel de Unamuno

ENRIQUE DIEZ-CANEDO
LOS DIOS EN EL PRADO

MANICOMIO

Magnífica edición de lujo del más alucinante libro de

A. HERNÁNDEZ-CATA

El diablo blanco

por LUIS DE OTEYZA

Las ediciones en inglés: «Cassell», de Londres, y «Stokes», de Nueva York. Publicada en otros siete países: Francia, Austria, Italia, Portugal, Suecia, Hungría y Checoslovaquia. Adquiridos los derechos de traducción a todos los idiomas por la «Agence Radio Internationale», de París. Adaptada a la escena por el dramaturgo norteamericano I. G. Osborne, y al cinematógrafo por la compañía de Donald G. Thompson. Edición con vocabulario y notas en inglés del profesor de Lengua y Literatura castellanas de la Miami University, doctor Willis K. Jones, para texto en las Universidades de los Estados Unidos.

LIBRERÍA DE FERNANDO PUERTA DEL SOL, núm. 15.-MADRID

PERO SIN HIJOS

Por E. Salazar y Chapela

NOVELA

315 páginas 5 ptas.

COLOFON



Al llegar a estos últimos golpes de remo, los mos se alzan automáticamente en alto, ebríos de gozo. Ahí es nada; el arribar a descansadero en isla, tras un tan largo, difícil, penoso, tormentoso y audaz viaje.

El Robinson Literario también se siente feo. Amarra su débil leño en el agreste fondeadero salta a tierra. Y no sabe qué hacer, en la absoluta soledad. No sabe cómo expresar su euforia, su ataraxia y su apetito.

Y recordando que en la república de las letras por muchísimos menos golpes de remos se ofrece a cualquiera un «homenaje a la española», es, un echar de comer, un banquete, decide organizarse una fiesta de honor.

Se sacude bien su chaleco, sus puños, su corbata y su frac azul. Estira bien la cabeza. Una gota de agua sobre un ojo, la distiende en monóculo. La mano en la cadera, y la otra colgante, contoneante, avanza majestuoso por la absoluta soledad de la isla.

Atraviesa calles, plazas, callejones, plazoletas.

Llega a la vieja Plaza del Angel. Hay allí un hotel, una fonda nueva, que es vieja de un siglo por su emplazamiento.

El Robinson Literario se detiene. Siente un cariño entrañable y familiar por Plaza del Angel, por todo el barrio de San Sebastián. Es el barrio de sus propios genes y de su vida. Es el barrio que le enraiza a la más espiritual tradición de Madrid (de España). Por él se siente unido a las vidas y ambientes de compañeros de remo tan gloriosos como Cervantes, Lope, Tirso, Moreto, Guevara, Calderón, Morán, Larra... (Siglos XVII, XVIII y XIX de Madrid... Toda la España pura.)

El Robinson Literario entra en la fonda nueva. ¡Tan vieja!

No hay camareros, mesas, comida: nada. Los camareros huelgan, parados. Las mesas duermen patas arriba. La comida—vuela incesante—por las nubes.

Entonces—la sombra de Calderón se acerca con delantal blanco y servilleta: y ofrece mariscos. Lope, escancia una copa de vino. Larra, un poco de rapé.

El Robinson Literario come el marisco calderoniano, sorbe el rapé romántico, y zando la copa de Lope, exclama:

«¡Ilustres sombras de la isla! ¡Gracias en esta soledad!

Antes de empezar mi travesía todas las pasiones hervían en mis entrañas. Pensé que de todos mis compañeros vivos—yo, que a todos les llevé flamantes en mi barca—era el único abandonado, el único con el que nadie quería contar. Pensé en el desprecio, la indignación y el asombro que en mí se almacenaron. Pero encontré mi leal bar y empecé a bogar, a bogar. Y todas aquellas pasiones—con el bogar—se fluidificaron se enmolecieron, y al contacto piadoso del aislamiento se sublimaron.

En vez de ser un comparsa más, en el jaleo—como mis pasiones me hubieran atraído—volví a mi esencia natural y pura de escritor. A mi euforia irónica, a mi ataraxia contemplativa, a sentir mi tarea, como poema y sinfonía.

Por eso, viejos camaradas—estoy ahora con vosotros, bajo la protección de vuestras sombras inmortales.

Así habló el Robinson Literario de España. Las sombras inmortales se desvanecieron en el aire trémulo de la isla.

Y Robinson quedó sumido, en dulce, sereno, profundo y justo sueño.

TIPOS DE LA REPÚBLICA

Reservas, Conservas y Préservas

Ustedes conocerán ya a esos tipos especiales que han comenzado a darse en nuestra República.

De pronto se encuentra uno con un conocido o amigo, que por su importancia y tal, uno le creía al frente de algún cargo.

—¿Y usted no es nada en la situación?—le pregunta uno asombrado.

El aludido mira altivamente y se sonríe. Al fin contesta, marchándose:

—Hay que preparar reservas. La gente primera se gasta con rapidez...

Sin embargo, yo he podido observar que muchos de estos reservas están ya que levantan polvo, en vista de que el desgaste de los primeros héroes no es tan rápido como se creía. —¿Uno se ha sacrificado—se les ve pensar—pero esos pelmas no terminan de gastarse!

Otro tipo muy definido, es el de aquel republicano que, por haberlo sido toda su vida, lleva una especie de marchamo oficial en la corbata, sobre el pecho. A éstos, tampoco la República ha sido generosa con ellos. Se ha limitado a buenas palabras, reverencias, palmaditas.

—En vosotros—les ha dicho la República—se ha conservado mi ideal sin apolillarse del todo. Habéis sido mis reservas. ¡Bravo!

Pero estos bravos reservas, también respiran fuerte cuando están a solas. Y enjugan el sudor—como con un pañuelo—con el ideal venerado, ineficaz y burlón.

Finalmente, hay otro tipo que quiero hoy apuntar.

Así como el de los reservas es de cierta edad, y el de los reservas de una edad media, adulta—en cambio, los años de los préservas, son mozos.

Los préservas suelen ser esos muchachitos que ha cogido la República, en general muy bien educados, pulidos, domesticados.

—Mirad—les ha dicho—yo no quiero que digan de mí que no utilizo la juventud, como fué el pecado de Primo de Rivera, pobre pecador. Yo quiero ser como Rusia y como Italia. Pero como no me fio mucho de esos otros chicos bárbaros que fueron a Jaca o que se dicen comunistas, o que son capaces de armar jaleo en los periódicos, os tomo a vosotros para que me preservéis de toda indirecta. Con vosotros, nadie me podrá decir que no tengo conmigo a jóvenes. Pero también, con vosotros, me preservo de barrabasadas impertinentes e impetuosas. Con vuestra doncellez me preservo de la otra mocedad, de la bruta, de la que pega y escandaliza. De la que tiene la sangre «demasiado joven».

SUMARIO DEL ROBINSON

Origen del Robinson.—Los anteojos.—Visita de periódicos.—José Bergamín en la Administración.—Nuestros embajadores que saben escribir.—El alerta de Marañón.—Los ilustres solitarios.—El discurso de Ortega.—¿Qué pasa en Cataluña? ¿Y en el Oeste? ¿Y en Hispanoamérica? ¿Y en el mundo?—Robinson y el Cinema y el Arte y el Teatro.—Servicios de estafeta.—El tópico del señorito.—Robinson y la Poesía española y la Novela y otros libros.—La Exposición del Libro en Bucarest.—Tipos de la República.—Los anuncios del Robinson.—Colofón.

El Robinson Literario de España

AUTORIZA LA REPRODUCCION DE SUS FRAGMENTOS A LOS PERIODICOS Y REVISTAS QUE GUSTEN